

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

98

J-4



REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

98



AÑO X
SEGUNDA EPOCA

1950

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACIÓN

Director: **PEDRO ROCAMORA**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

AÑO X
SEGUNDA ÉPOCA

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4



SUMARIO



EDITORIAL

Jesús Sáinz Mazpulez: EL EXISTENCIALISMO DE JEAN PAUL SARTRE

Esteban Pujals: LA UNIDAD ESPIRITUAL DE EUROPA

Manuel Prados López: SEMBLANZA DE UN GRAN PINTOR ESPAÑOL DEL SIGLO XIX

VENTANA AL MUNDO

LA PINTURA DE DAVID LAX, SÍMBOLO DE LA DESESPERANZA DE LA POSTGUERRA

ASPECTOS DE NUESTRA NOVELA EN AFRICA

EL ATENEO AMERICANO DE WASHINGTON

HECHOS

LA EXPOSICION DE TROFEOS DE CAZA, por *Cecilio Barberán*

IV CONGRESO NACIONAL DE CATECISMO

EL INSTITUTO DE ENSEÑANZAS PROFESIONALES DE LA MUJER

NOTAS DE LIBROS

Uruguay, el benjamín de España, por Ernesto La Orden. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1949. 399 págs.

Setenta años de periodismo. Tomo II. Marqués de Valdeiglesias. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 1950.

Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco, por Florentino Pérez Embid. Ediciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.

Diálogo íntimo con España, por Adrián Escobar. Club de Lectores. Buenos Aires, 1950.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

HA comenzado un nuevo curso escolar en España. Los viejos claustros universitarios y las galerías de los nuevos establecimientos docentes recobran su animación, interrumpida durante unos meses. Las horas de octubre tienen, tradicionalmente, una vigorosa fisonomía en las Universidades, en todos los centros de formación y educación.

Pero el primero de curso no es sólo una tradicional e inconfundible estampa escolar. Es, también, el mirarse hacia adentro, ante la nueva etapa que empieza. Es medir el sentido de la propia responsabilidad: del que enseña y del que quiere ser enseñado. El comienzo de las cosas es el momento de afirmar bien los propósitos, de enfocar certeramente los problemas, de marcar con claridad las orientaciones. No vale ese cómodo "aun hay tiempo" con el que tantas posibles realizaciones se malogran. La bondad de un fruto está en relación directa con la hondura y la vitalidad de sus raíces. Octubre es la raíz del curso, y del entusiasmo con que ahora iniciemos la tarea dependerá, en definitiva, el resultado de más tarde.

Comenzar un nuevo curso equivale a hacer examen de conciencia, a considerar cuál es la actitud de nuestro espíritu ante la labor que va a empezar. No es trivial, en el pórtico de toda tarea, la solemnidad ritual, la invocación de sombras benéficas. Empezar bien es el secreto de muchas cosas. Y acaba frecuentemente mal lo que mal fué empezado. Al inaugurar en España un nuevo curso docente, cuantos se sienten vinculados a la gran empresa de la formación cultural del español, han de entrar en la nueva etapa dando a aquellas palabras —"apertura de curso"— su espíritu y su emoción justos. No se trata del mero cumplimiento de un trámite, de una formalidad que debe ser tramitada con desgana, sino del comienzo de una tarea a la que debemos entregarnos con nuestros desvelos mejores. Hace unos cuantos años que España salió del cauce de las horas plácidas y rutinarias para entregarse, ardentemente, a la pasión de las causas bellas y difíciles. Al ardor con que venimos combatiendo en tantos campos —ideología, independencia, fe— ha de corresponder en la zona de lo pedagógico y lo cultural el mismo tesón decidido, el mismo no sentirse nunca satisfecho y aspirar siempre a más... Sólo así seremos dignos de cuantos, por una Patria mejor, ofrendaron sus vidas y ganaron para nosotros la paz española de hoy.

Para que esa tarea de formación cultural cuente con las asistencias mejores, el Estado viene, desde la hora misma de la guerra, prodigando su atención y su esfuerzo. Simplemente un balance esquemático de lo hecho llevaría muchas páginas. Se está, de modo innegable, revitalizando nuestra cultura, nuestra formación espiritual, de un modo amplio, orgánico y completo: desde la Escuela a la Universidad, desde el Instituto a la Escuela especializada. Se mejora de modo paulatino e incansable cuanto en el aspecto material puede favorecer la mejor eficacia de la labor formativa. Es sencillamente extraordinario, por ejemplo, lo que se ha hecho en establecimientos de enseñanza, sustituyendo viejos caserones por insta-

laciones de la más perfecta y clara modernidad. Laboratorios, técnicas de investigación, seminarios y bibliotecas, han sido aplicados adecuadamente a nuestras aulas, a fin de que éstas no sean sólo escenario de alardes verbales, sino que puedan desarrollar en plenitud, armónicamente, toda su misión educadora.

Al esfuerzo del Estado —un esfuerzo que no es una meta, sino un camino— ha de corresponder el personal esfuerzo de todos: del investigador, del profesor, del estudiante. La vida universitaria está engranada más intensamente que nunca en el total mecanismo de la vida nacional. El universitario no trabaja para su simple porvenir en el silencio del aula. Trabaja por el porvenir de la Patria también, por el crédito, el rango y la dignidad de España. En parte importantísima, España habrá de ser lo que sean quienes hoy se están formando a la sombra de nuestras universidades. Surge de ahí el profundo sentido de responsabilidad que es necesario dar a estas jornadas de otoño en que un nuevo curso empieza y en que claustros y aulas recobran su vida perdida en el estío. Hay que tensar la voluntad, llenar de transparencia los propósitos, animar con el entusiasmo máximo las tareas que ahora, en ese como renacimiento que el otoño significa, iniciamos. Hay, en fin, que poner ante el pensamiento la imagen del atleta que, antes de lanzarse al gran salto, afirma bien los pies sobre la tierra y pone en todos sus músculos la energía y la ilusión máximas.

1000
1001
1002
1003
1004
1005
1006
1007
1008
1009
1010
1011
1012
1013
1014
1015
1016
1017
1018
1019
1020
1021
1022
1023
1024
1025
1026
1027
1028
1029
1030
1031
1032
1033
1034
1035
1036
1037
1038
1039
1040
1041
1042
1043
1044
1045
1046
1047
1048
1049
1050
1051
1052
1053
1054
1055
1056
1057
1058
1059
1060
1061
1062
1063
1064
1065
1066
1067
1068
1069
1070
1071
1072
1073
1074
1075
1076
1077
1078
1079
1080
1081
1082
1083
1084
1085
1086
1087
1088
1089
1090
1091
1092
1093
1094
1095
1096
1097
1098
1099
1100

EL EXISTENCIALISMO DE JEAN PAUL SARTRE

Por JESUS SAINZ MAZPULEZ

PARA exponer lo que sea el existencialismo —el de Sartre como el de cualquier otro— hay que partir de Kierkegaard, que es quien dió el primer impulso. Pero ni siquiera con este precedente, que todas las orientaciones existencialistas reconocen como legítimo, hay seguridad de conseguir que la exposición resulte sistemática, derivable de las premisas kierkegaardianas. Como el existencialismo se propone, por método, desvelar las estructuras de la conciencia mediante el análisis fenomenológico, sacar a la luz la serie de experiencias personales de cada filósofo, y le está vedado el uso de los instrumentos intelectuales, un verdadero existencialista debería limitarse a vivir, pero permaneciendo en silencio. El hecho mismo de escribir introduce una distancia entre la conciencia y la experiencia que quiere exponerse, y por lo mismo la desnaturaliza, porque la convierte en objeto. Una experiencia íntima es incomunicable: a lo más a que el filósofo puede aspirar es a sugerir las condiciones en que sería posible repetir lo que inicialmente experimentó.

Decir que el existencialismo se caracteriza porque afirma la

primacía de la «existencia» sobre la «esencia» —de aquí el término de «existencialismo» como contraposición a «esencialismo»— nos pondría sobre una diferencia de esta filosofía, pero todavía no es suficientemente clara. Según los existencialistas, el hombre vive primero, y en su vida, en su proyección de posibilidades sobre el mundo, se constituye como una esencia. Pero, bien mirado, no es esta diferencia la que abre el abismo entre las filosofías existencias y las esencialistas. Simultáneamente con la existencia del hombre, se da su manera de ser, lo que le constituye específicamente y le distingue de otras cosas. Pero los existencialistas no admiten, porque para ellos las esencias no pertenecen a las cosas, y, por lo tanto, a la «existencia» del hombre en su momento inicial no le correspondería una esencia: ésta tendrá que dársela a lo largo del drama de su propia vida, al mismo tiempo que tiene que dotar de esencias a todo cuanto entra en el juego de sus posibilidades. Lo que, por tanto, suele presentarse como característica del existencialismo —su afirmación de primacía de la existencia sobre la esencia— remite a una diferencia más radical, que es el concepto mismo que de la esencia se tenga.

Pero hay otra importante diferencia ya apuntada al comienzo, que es el método: el existencialista ha de mantener, sobre todo, el contacto con lo vivido para desvelar las estructuras de la existencia. Comete, sin embargo, un error que vicia todas sus conclusiones cuando quiere elevarse al plano de la abstracción, generalizando lo que cada uno ha hallado en su intimidad. Siempre quedará sin posible refutación quien replique a los existencialistas: «Eso es lo que usted experimenta, pero mi experiencia es distinta.»

Fijémonos ahora en el precedente kierkegaardiano, porque también en él hallamos sorpresa. Este pensador danés vivió entre los años 1813-1855, y se sintió, desde muy joven, conmovido hasta límites de catástrofe interior por una experiencia familiar: su padre había cometido un pecado maldiciendo de Dios y casándose con su criada antes de la muerte de su primera esposa. Tras de esta primera experiencia, Kierkegaard vivió siempre preocupado

por el problema religioso, con un sentido muy agudo de la significación del cristianismo para el hombre. Los conceptos existencialistas básicos, tales como «angustia», «culpa», «fe», «decisión», «elección», que tienen en Kierkegaard un contenido trascendente, son vaciados de éste por los que luego se han considerado sus continuadores: un Heidgger, un Jaspers, un Sartre. El primero y el último los emplean para una filosofía que está en los antípodas de aquél: el ateísmo. Dentro del mundo protestante tampoco ha tenido buena suerte Kierkegaard, como lo ilustra el caso del teólogo Karl Barth, quien primero le exalta y más tarde, cuando se dió cuenta de que la crítica que Kierkegaard hacía del protestantismo tenía un arranque católico, le combate. Por esto, Kierkegaard, que aparece tras de las destilaciones existencialistas de quienes se dicen seguidores suyos, no es el auténtico, sino un falsificado para que no aparezcan sus motivos religiosos y hasta católicos. «Lovrie admite —escribe el P. Fabro— incluso que la obra de Kierkegaard ha servido de estímulo a muchas almas desarrolladas en la Reforma, para buscar y hallar el catolicismo en el «cristianismo primitivo del Nuevo Testamento.» Y cita, entre estos casos, a un amigo de Kierkegaard, el Pastor Kofoed-Hansen, y, entre los más recientes, a Th. Harker (1).

Desde Kierkegaard pudo haber surgido un existencialismo cristiano, pero todavía no han sido aprovechadas sus obras en este sentido, y lo que se divulga bajo su patrocinio es más bien su falsificación. Citamos un texto que patentiza bien cuál era la orientación del pensador danés: «Como he explicado muchas veces, Hegel, en el fondo, hace de los hombres lo que hacía el paganismo: un género animal dotado de razón. Y sabido es que en todo género animal vale el principio de que «el individuo es inferior al género». Pero el género humano, precisamente porque todos sus individuos son creados a imagen de Dios, tienen la característica de que el individuo es superior al género. Que todo esto pueda ser desatendido e incluso torcidamente interpretado, lo concedo. Sin embargo, esto

(1) Cornelio Fabre: *Arbor*, mayo 1949, pág. 114.

es lo esencial del cristianismo, y es «aquí», en realidad, donde se debe dar la batalla» (1).

Lo mismo decimos nosotros: es «aquí» donde debe darse la batalla para quitar a los existencialistas ateos todas sus pretensiones. ¿No ha sido Sartre quien ha dicho que «el existencialismo no es otra cosa que un esfuerzo para sacar todas las consecuencias de una posición atea coherente?» (2). Así, lo que hay que destacar con el mayor vigor es que el existencialismo ha nacido de una experiencia cristiana, que de ella vive, y que incluso los ateos, en medio de sus negaciones, son denunciados por un perfume religioso que se escapa de sus mismas actitudes. Se apartan de la experiencia cristiana, la niegan firmemente, pero el hecho mismo de que se asienten sobre puras negaciones cristianas revela sus orígenes y la motivación religiosa de sus ideas. Sólo la religión cristiana ha podido revelar esos modos de existencia que luego son morosamente analizados y que llevan a desentrañar nuestros más íntimos secretos, y es porque el cristianismo, más que una doctrina, es una forma de vida que influye en las propias ideas. El cristianismo no es algo que acontece fuera de nosotros por la asunción de éstas o de aquéllas creencias, de éstos o de aquéllos deberes, por la práctica de unos u otros ritos. Somos cristianos, sobre todo, por virtud de una transformación interior operada por los Sacramentos, y esta transformación sale luego a la luz en todos nuestros actos. No somos cristianos «objetivamente», como objetivamente tenemos determinada facha o pertenecemos a un partido político; lo somos subjetivamente, íntimamente, esencialmente, por la fe. Todo el esfuerzo de Kierkegaard se consume en una empresa esencial: expresar la subjetividad profunda del ser cristiano, desvelar lo que esta realidad implica y, al mismo tiempo, enfrentarla con Dios para que se vea la diferencia infinita que existe entre las dos realidades. El citado Carl Barth había desprendido esta misma enseñanza del pensador danés: «Si yo tengo algún sistema —ha dicho—, éste consiste en lo que Kierkegaard llamó «la infinita dife-

(1) Kierkegaard. 1850. Citado por el P. Fabro. L. c., pág. 117.

(2) J. P. Sartre: «L'existencialisme est un humanisme»; pág. 94.

rencia cualitativa entre el tiempo y la eternidad en su significado positivo y negativo.»

Pero en este análisis de la subjetividad, en la indagación existencialista de lo que el hombre sea íntimamente, se llega a un punto en que el sentimiento de nuestra contingencia, de nuestra finitud, nos pone en contacto con una trascendencia absoluta que únicamente podría explicarnos nuestro ser. Esta ha sido la empresa de Kierkegaard y es hoy una de las tareas posibles para un existencialismo cristiano, siempre que pueda quedar a salvo el origen sobrenatural de nuestra fe.

Los ateos Heidegger y Sartre, al apoderarse de estas experiencias cristianas y aplicarlas al conocimiento, no de la vida de un cristiano, sino de la vida humana en general, ya realizan una primera degradación que las desnaturaliza, porque se trata de nociones que sólo dentro de una actitud religiosa tienen sentido. ¿No son conceptos tomados de una subjetividad cristiana y para interpretar ésta utilizados?

Por principio, hay que admitir que sean auténticas las experiencias que los ateos como Sartre nos transmiten; lo que ya es absolutamente falso es generalizar estas experiencias y convertirlas —contra lo que exige y permite el mismo método— en puras conclusiones, válidas también para los demás.

Todos los existencialistas de hoy son maestros consumados en el arte de describir fenómenos interiores, y algunos de ellos son, además, escritores de una gran categoría, como es el caso de Sartre y del existencialista católico Gabriel Marcel. Al describir la propia vida, la propia existencia «arrojada» al mundo, buscan en ella experiencias significativas e implicaciones de estas mismas experiencias. Unos y otros conceden a la efectividad cierta trascendencia metafísica: el «cuidado» y la «angustia», en Heidegger; la «náusea» y la «mala fe», en Sartre; la «esperanza» y la «fidelidad», en Gabriel Marcel, tendrían la virtud de llevarnos al plano metafísico y revelar nuestra esencia. Pero para desplegar cuanto más exhaustivamente la vida de la «existencia», unos y otros recurren a la ficción literaria, novelas, obras de teatro. Gabriel Marcel, por

ejemplo, que se dedicó al teatro antes de que despertara en él la afición filosófica, dice que meditando sobre sus mismas obras teatrales llegó a la filosofía. «Hoy me parece —dice— que esas piezas (se refiere a las obras de teatro) han sido como experiencias reales vividas al través de la interpretación de los personajes imaginarios, experiencias que deben contribuir posteriormente a promover la investigación especulativa.»

Sartre ha procedido de la misma manera: primero, se dió a conocer como gran escritor teatral y novelista, y más tarde, realiza la hazaña de producir un denso libro de investigación filosófica: «L'Être et le Néant». Aquí fácilmente se adivina el riesgo de falsificación: pueden crearse situaciones ficticias, no realizables o no realizadas, convertir estas situaciones en casos típicos y luego generalizar. Por eso advierte Marcel que «la experiencia no puede ser especulativamente útil más que a condición de que sea conducida con entera buena fe». Este ha sido su caso, pero no el de Sartre. Para el primero, crear ha sido responder a una llamada que le lanzaba su propia experiencia pura, y por este camino ha llegado a la noción de receptividad creadora que en él es básica. Para Sartre, crear ha sido ilustrar una previa opción atea, para lo cual no duda en falsificar los propios conceptos que debía a Kierkegaard y otros, al ambiente cristiano en que ha nacido y escribe y que, como ya hemos dicho, llevaban en sí la transcendencia religiosa.

Todos los existencialistas pretenden realizar una ontología, a la que los llevarían determinadas experiencias —ya hemos apuntado que conceden a la efectividad alcance metafísico—, y aspiran a ofrecer doctrinas sobre el ser. El mismo Heidegger declaraba ante la Sociedad Francesa de Filosofía: «La cuestión que me preocupa no es la existencia del hombre; es la del ser en su conjunto y en cuanto tal» (1). Sartre, al través del análisis de la conciencia y de sus estructuras, llega también a dar una teoría general del ser. Por eso, ha podido titular su obra principal «Ensayo de

(1) Heidegger: *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, número 5, pág. 193.



ontología fenomenológica». En cuanto «ontología» se le impone ser una doctrina del ser; en cuanto «fenomenológica», tiene que proceder mediante descripciones de fenómenos de conciencia que lleven a la intuición esencial. Pues bien, la fenomenología sitúa a Sartre ante dos problemas de realidad o de ser: la conciencia y el mundo o la objetividad. Si se quiere, la conciencia y la materia, el yo y las cosas: siempre una subjetividad que se caracteriza por su intencionalidad y una objetividad a la que alude. Sartre inventa dos términos nuevos para designarlas. A la objetividad, a las cosas, a la materia —porque todos estos nombres concretos puede tomar en casos distintos—, la llama él «en-sí». A la conciencia la llama él «para-sí». Pero como lo que realiza es un estudio de ontología, tiene que decidir si estas dos formas de realidad cumplen las exigencias del concepto de ser, si alguna de las dos es derivable de la otra, y cuál sea en este caso la primordial —el ser en el sentido auténtico— y cuál la derivada. Al mismo tiempo deberá analizar la forma cómo esta derivación puede realizarse. Todo ello sin salirse de una estricta actitud existencialista, es decir, fenomenológica, que tiene que atenerse a la descripción de puras experiencias.

«Esta idea —dice Sartre— tiene origen en el pensamiento religioso; en los hechos, aquel que quiere levantar una casa es preciso que sepa exactamente qué clase de objetos va a crear; aquí la esencia precede a la existencia, y para todos aquellos que creen que Dios ha creado a los hombres, es natural que el Creador lo haya hecho refiriéndose a la idea que tenía de ellos. Incluso muchos que no tienen la fe han conservado esta opinión tradicional de que el objeto no ha existido jamás, sino en conformidad con su esencia, y todo el siglo XVIII creyó que existía una esencia común a todos los hombres, que denominó «naturaleza humana». El existencialismo sostiene, por el contrario, que en el hombre —sólo en el hombre— la existencia precede a la esencia. Esto significa sencillamente que el hombre primero «es», y luego es «esto» o «lo otro» (1).

(1) J. P. Sartre: En *Action*, 27 de diciembre de 1944.

El ser «en sí», con que topa la conciencia, no puede ser determinado en conceptos esenciales, porque la esencia de que le revistiéramos sería ya un complemento añadido a su realidad por nuestra propia conciencia. Del ser «en-sí» sólo debería poder decirse que «es algo». Al desprenderle de toda la vestimenta esencial con que le dotamos —al quitarle todo lo que no es él, sino nuestro—, nos queda un ser «en-sí» «macizo», «sin vacío alguno», «opaco en sí mismo», «idéntico a sí mismo», sin relaciones con nadie, cerrado a todo, en una espantosa e insuperable soledad. Es algo que «está ahí», y con lo que topa la conciencia de todas sus operaciones. Tendríamos que decir de ello que «es» y nada más. La mejor definición que él da es decir que es «idéntico a sí mismo», y, por tanto, no puede moverse, cambiar, relacionarse con nada: es macizo, compacto, solo. Es... un «algo». Nada más.

Este ser, desesenciado en sí mismo, sin ninguna determinación, no puede ser derivado desde otro ser necesario, porque el carácter de necesidad sólo tiene validez para las proposiciones ideales, no vale para los hechos en sí, en cuanto tales. Por tanto, es una absoluta contingencia, pura gratuidad, algo que «está de sobra» en el sentido de que por nada anterior viene exigido, por nada puede ser explicado, sino que simplemente «está ahí». Pero como por virtud del método no puede Sartre proceder por deducciones de razón, este ser del «en-sí» tiene que serle dado por virtud de una experiencia vivida, y esta es la náusea. La náusea pone al hombre ante este «ser en sí».

La otra forma de realidad, contrapuesta al «en-sí», al «ser» simplemente, es la conciencia, que él llama el «para-sí». Captar lo que esta conciencia sea deberá lograrse también por virtud de una nueva experiencia: la de la interrogación. Una interrogación es, por lo pronto, un dejar en suspenso y abrir la posibilidad de que la respuesta sea negativa, de que no exista aquello por lo que se pregunta. Es decir, nos enfrenta con la nada. Aun en el caso de que la interrogación reciba una respuesta positiva, ésta supone una limitación. Al decir que una cosa es, que algo es así,

excluimos de nuestra afirmación todo lo demás que «no es así», es decir, nos encontramos también envueltos en una nada. ¿No estaríamos en camino de haber descubierto aquí un segundo término al lado del ser, que sería la nada, en la forma en que se realiza en la dialéctica de Hegel?

Sartre niega esta posibilidad, así como la de Heidegger, de que el mundo se halle en suspenso sobre la «nada», tal como lo descubre en el sentimiento de la angustia. Pero aquí hay que guardarse de una falsa interpretación: para Heidegger, como para Sartre, la nada no existe, no tiene ninguna realidad, pero para los efectos de la conciencia «se hace» ante nosotros en cualquier experiencia que signifique acabamiento, negación. La diferencia que caracteriza a Sartre es que es que, para él, la nada anida en el seno mismo del ser, traída por la conciencia. «La nada —dice Sartre— si no está sostenida por el ser, se disipa en cuanto nada y volvemos a caer en el ser. La nada no se «nadifica», sino sobre el fondo del ser; si puede darse la nada no es ni antes ni después del ser, no de una manera general fuera del ser, sino que está en el seno mismo del ser, en su corazón, como un gusano (1).

La conciencia es, pues, una capacidad de nadificación; es un «ser» que admite la nada en su seno, es decir, tal que su masa compacta parece haberse descomprimido, abierto huecos dentro de sí, establecido distancias, hecho posible la exterioridad, la relación, el enfrentamiento ante sí propio... Es decir, estamos ante una descomunal hipótesis metafísica —por paradójica que parezca la expresión—: «Aquel ser en sí, opaco, mudo, cerrado en sí mismo y que se caracterizaba por su pura identidad, por arte de no se sabe qué, admite en su entraña un hueco —como un gusano—, que es cierta «nada»; se afloja y hace posibles las distancias interiores y, por tanto, el que el «ser» pueda colocarse ante sí mismo, enfrentarse... Este ser, con esta «enfermedad», sería la conciencia. El primordial sería el otro, el ser puro, sin contaminaciones de la nada; este otro de la conciencia sería una degeneración de aquél.

(1) J. P. Sartre: «L'Être et le Néant», pág. 57.

La conciencia sartriana no es una sustancia, sino más bien una peripecia en el seno mismo del ser; lo que resulta cuando por arte de «nada» aparece la nada dentro del ser. «La conciencia —dice él— no tiene nada de sustancial; es una pura «apariencia», en el sentido de que no existe sino en la medida en que aparece.» Está dentro del ser, dentro concretamente del cuerpo, del cual es una enfermedad, en el sentido de que dentro de la masa material es como un hueco, una nada. El cuerpo, para Sartre, no «es en modo alguno una adición contingente a mi alma, sino, por el contrario, una estructura permanente de mi ser, y la condición permanente de mi conciencia como conciencia del mundo (2). La conciencia no es «nada», es sólo «nada» dentro del ser. Otras citas de Sartre traen la evidencia a esta descripción: En este tipo de ser, al que llaman conocer, el único «ser» que se puede encontrar es el que está permanentemente ahí, es lo conocido.» El conocedor no es captable; no es otra cosa que lo que hace que haya un «ser-ahí» conocido, una presencia —pues por sí mismo lo conocido no es ni presente ni ausente—. Mas esta presencia de lo conocido es presencia de «nada». En otra parte añade: «El «para sí»... —la conciencia— es la nada por la que «hay» cosas, mas él mismo no es cosa alguna...» «Así, pues, el conocimiento es «el mundo», para hablar como Heidegger, el mundo, y fuera de esto, «nada»... Esta «nada» es la realidad humana en sí misma.»

Pero además de este ser «en sí» y de esta dimensión enfermiza del mismo que es el «para sí», o sea la conciencia, hay también algo más: están «los otros», que son otras tantas conciencias. En el estudio de las estructuras de la existencia humana halla Sartre algunas que remiten a este «otro» y que lo descubren como tal. Hay en nosotros actos que nos ponen en contacto con la conciencia ajena. Son, por ejemplo, la vergüenza y el pudor; dos actos que nos enfrentan con los demás, que nos los descubren existiendo dentro de nuestro propio mundo, que nos los hacen aparecer.

Sartre ha sintetizado de una manera gráfica lo que representa

(2) J. P. Sartre: «L'Être et le Néant».

la entrada de los demás en nuestro circuito, cuando emplea en «Huis-Clos» la fórmula terrible: «El infierno son los otros.» La forma como en el pudor o la vergüenza penetran los otros en nuestra atmósfera, ya es una actitud de conflicto: o para matarnos como conciencia al objetivarnos, o para ser muertos ellos como tales al ser «mirados» por nosotros. Cabe, sí, que este conflicto sea superado; pero en todo caso, inicialmente, el problema se presenta así. «Ningún optimismo (filosófico) —escribe— podría, pues, hacer cesar el escándalo de la pluralidad de las conciencias...; la tarea que una ontología puede proponerse es describir este escándalo y fundarlo en la naturaleza misma del ser, pero es impotente para sobrepasarle...; la dispersión y la lucha de conciencias permanecerán lo que son: simplemente habremos descubierto su fundamento y su verdadero terreno» (1).

Un ejemplo de este conflicto de conciencias aparece en el amor. El amante quiere que la persona amada se le consagre, que no sea más que para él. Pero el conflicto surge por el hecho de que también el amado tiene esta misma pretensión: hacerle girar en su órbita. Cabe, pues, que el amante renuncie a su exigencia, que se anule a sí mismo para consagrarse al amado, lo que viene a ser el «masoquismo». A la inversa, puede mantener sus pretensiones y querer convertir en objeto propio al amado, anular su autonomía erótica y hacerle subordinarse. Esta segunda degeneración es el «sadismo». Pero en todos estos esfuerzos, lo mismo cuando el amante subordina al otro que cuando se subordina él, es a costa de haber desnaturalizado al otro o haberse desnaturalizado él mismo. O le han convertido en objeto —y, por tanto, ha matado la peculiaridad de su conciencia, la cual no consentiría esta apropiación—, o él mismo se ha convertido en objeto y sufre en sí la misma desgracia. Una conciencia, como tal, no puede absorber a otra como tal. De aquí la pugna, el «escándalo de la pluralidad de las conciencias», el odio. «El odio —termina Sartre— representa simplemente la última tentativa, la tentativa de la desesperación... En

(1) J. P. Sartre: «L'Être et le Néant», pág. 300.

vano tratará la realidad humana de salir de este dilema: trascender al otro o dejarse trascender por él. La esencia de las relaciones entre las conciencias no es el existir en común; es el conflicto» (1).

Poco consoladoras son, pues, las perspectivas que ofrece para la acción social el sistema sartriano. Su ética, de igual modo, ofrecerá por fuerza un cuadro sombrío. Si el ser es pura contingencia y no puede ser aplicado por ningún ser necesario; si la conciencia es una derivación patológica de este ser; si las relaciones con los demás se presentan siempre bajo una perspectiva de conflicto; si no hay valores establecidos, sino que todo depende de la libertad del hombre..., la moral será la que éste en cada caso quiera establecer. Como el hombre tiene que constituir su propia esencia, al elegirla se ha propuesto como ideal, y ésta es para él la norma más alta. Por encima de él no hay valores que tenga que respetar, ni fuera de él justificaciones ni excusas. El hombre está condenado a ser libre, y lo que en cada caso escoja o decida, eso será su bien y su norma. El hombre descubre que es una realidad desgraciada y tiene que aceptarla tal como es: en esto consiste su grandeza.

Un tomista como Etienne Gilson se ha planteado el problema de si el tomismo puede mantener el diálogo con las filosofías existencialistas; si entre ambas hay un terreno común. Claro que esto no podrá ser por virtud de adaptaciones del tomismo para ponerle a la moda. «Disfrazar el tomismo en filosofía existencial—Etienne Gilson— podría presentar cierto interés apologético, y todavía lo dudo mucho; pero el interés histórico y filosófico de tal operación sería nulo» (2).

No es, pues, mediante adaptaciones donde busca el diálogo. Más bien trata de saber si el tomismo, en el que «el ser actual de la existencia» es, no la esencia del ser, sino el acto de esta

(1) J. P. SARTRE: L. e., págs. 484 y 502.

(2) ETIENNE GILSON: «El tomismo y las filosofías existenciales», en *Sapientia*, número 4, año 1947, pág. 107.

esencia, puede dialogar en este terreno con los existencialismos. Si este diálogo es posible, es porque el tomismo sitúa en el corazón mismo del ser el acto primitivo de la esencia, que es el existir, y, por tanto, el existir es la raíz del ser y la fuente de todas las operaciones inmanentes y transitivas del mismo.

Respecto de las tesis existencialistas de Gabriel Marcel, parece que la respuesta sobre la posibilidad del diálogo es afirmativa. ¿Y respecto de Sartre? En relación con el pensamiento religioso de Kierkegaard, dice que el problema es saber si partiendo de su espiritualidad se puede alcanzar una ontología. Como algunas de las direcciones existencialistas que de él se derivan dicen haberla alcanzado y las ponen, el problema sigue concretándose: si estas ontologías lo son auténticamente. Para ello se requería que los resultados del análisis fenomenológico incluyan también la cooperación del pensamiento discursivo, es decir, la posibilidad de ser formulados en conceptos de razón y desarrollados dialécticamente.

Pero los existencialistas creen que pensar la existencia es objetivarla y, por lo mismo, destruirla. Pero quizá aquí procede todo de una reducción injustificada de la idea de objeto: cabe adjudicar como término a un acto de pensamiento una realidad que sea objeto en el sentido lógico, como punto de referencia, y al mismo tiempo sujeto, puesto que por convención mantenemos ante la atención la riqueza, apenas alterada, de la experiencia vivida. Si esta operación es válida —y debe serlo, pues de lo contrario hasta las mismas experiencias existencialistas perderían su valor—, cabe entonces llevar al plano ontológico, en el sentido del tomismo, también los descubrimientos del existencialismo. Si no es posible, el existencialismo tendrá que renunciar a ser una ontología y deberá limitarse a bellos ensayos de análisis interior, sin que sus experiencias tengan que ser admitidas por nadie más que por el que las vive y en el momento mismo de la vivencia.

En todo caso, antes de que el filósofo acometa tales intentos tendrá que desbrozar el camino, retirando por inservibles los existencialismos del tipo del de Sartre, que desnaturalizan la realidad

humana, que intentan convertir en típicas y válidas para los demás unas experiencias que no son primitivas, no son ingenuas, sino que patentizan su carácter de productos derivados de opciones previas. Y en este caso, de una opción de ateísmo. Así, pues, no es que el existencialismo lleve a la negación de Dios, sino, por el contrario, una previa negación de Dios lleva a cierta forma de existencialismo.



LA UNIDAD ESPIRITUAL DE EUROPA

P O R E S T E B A N P U J A L S

EL término Cristiandad, en una extensa época de nuestra historia, fué sinónimo de Europa.

«Hubo tiempos en que Europa era un país cristiano, en que una Cristiandad poblaba este continente... [y] un gran interés común unía las más remotas provincias de este dilatado imperio espiritual.» Así empieza Novalis el famoso ensayo *Die Christenheit oder Europa* (escrito ya en 1799), y a pesar de las impugnaciones que el positivismo pueda hacer a su idealista perspectiva, no hay duda de que el intenso poeta alemán intuyó, con una claridad que iba más lejos que la que le pudiera proporcionar la más minuciosa investigación, la fuerza y la nobleza del elemento orientador y dinámico de la Europa medieval. Si los románticos se acercaron generalmente al Medioevo con propósitos arqueológicos de carácter histórico y literario o impulsados por una simple curiosidad en busca de un mundo variado que ofreciera individualidad y colorido local, Novalis se encaraba con el alma de la Edad Media y descubría la esencia de su manera de ser. Todos sintieron la atracción de aquellos tiempos aunque nadie como Novalis supo captar el espíritu y explicar la causa del verdadero encanto de la vida medieval. Sin embargo, desde la plataforma que la humanidad ha

creído alcanzar a partir del Renacimiento, se ha venido despreciando al Medioevo, precisamente porque se movía inspirado por elementos incomprensibles en un período posterior. A poco que se medite, no obstante, se verá que no podía estar falta de luz la época que fundaba la Universidad, sembraba Europa entera de magníficas catedrales, producía un Tomás de Aquino y un Francisco de Asís, y escribía la *Divina Comedia*.

Modernamente, el filósofo de la cultura ha logrado vencer el recelo de enfrentarse con lo que desconocía o racionalmente le resultaba de difícil comprensión, y en nuestros días no se desdeña ya el estudiar el valor de la intervención de una potencia sobrenatural en el curso de la historia. El reciente estudio de Christopher Dawson, *religion and the Rise of Western Culture* (1), viene a demostrar el esfuerzo realizado por el Cristianismo para conseguir integrar la variada Europa de la época en aquel orden internacional y aquella sólida unidad de espíritu que la fuerza imaginativa de Novalis y su nostalgia de una gran fe nos presentan como una poética síntesis de una existencia ideal.

* * *

A medida que se profundiza con el interés de descubrir los orígenes de la cultura occidental, se levanta con más fuerza la importancia del Cristianismo, y parece indiscutible que sus gérmenes más vitales se encuentran en la nueva comunidad espiritual que emergió de las ruinas del Imperio romano. Cuando San Pablo salió de Troya, en el año 49, para dirigirse a Pilipos de Macedonia —escribe Dawson— cambió el curso de la historia de una manera más decisiva que la batalla que tuvo lugar en el mismo sitio unos cien años antes, a pesar de que el hecho quedara inadvertido para los representantes de la civilización de su tiempo. Sin embargo, como decía el populacho de Salónica, aquellos hombres que proclamaban a Jesús en vez de a César, habían vuelto el mundo al revés.

(1) C. DAWSON: *Religion and the Rise of Western Culture*. Sheed and Ward, Londres, 1950.



Según la obra de Dawson, en la tarea formativa de la tradición de Occidente, el nuevo fermento intervino a través de distintos organismos, siendo los principales la Iglesia cristiana, las órdenes monásticas, la monarquía cristiana, el espíritu caballeresco y de cruzada, el apogeo de la ciudad medieval con sus gremios y cofradías, y los centros culturales representados por las escuelas catedráticas y las universidades. Todas estas instituciones, en lucha tenaz contra las fuerzas desintegradoras y arbitrarias de la época, lograron por medio de la fe y las virtudes cristianas conducir a Europa hacia un ideal de armonización, el cual parece que el siglo XIII no estuvo lejos de alcanzar.

La Iglesia cristiana, heredera de las tradiciones del imperio, se acercó a los pueblos del Norte como portadora de una superior civilización y dotada con el prestigio de la autoridad, la ley y el nombre romanos. En el vacío que dejó la ruptura de la organización política del imperio, la Iglesia fué maestra y legisladora de los nuevos pueblos. En realidad, San Ambrosio, San Agustín y los pontífices León el Grande y Gregorio el Grande fueron los padres de la cultura occidental, puesto que es a través de ellos que todos los países del Oeste se incorporaron a la Cristiandad y adquirieron una cultura homogénea. La Europa primitiva, alejada de las tierras mediterráneas, no poseía centro común ni una tradición unificada de cultura espiritual. Los pueblos del Norte carecían de literatura escrita, de ciudades, de arquitectura, y no fué sino por medio del Cristianismo y de los elementos culturales transmitidos por la Iglesia que la Europa medieval cobró estructura.

Imponderable fué por su parte la labor realizada por los monjes del Medioevo, ya que el monasterio fué la institución cultural más característica de todo el período que es extiende desde la decadencia de la civilización clásica hasta la fundación de las universidades en el siglo XII. La abadía benedictina constituía un organismo económico independiente como la villa romana, con la diferencia de que en ella no existían señores y esclavos. El monasterio medieval fué asimismo un centro de cultura en el que se enseñaba

latín y todas las artes y ciencias relacionadas con la liturgia, las cuales correspondían a las necesidades espirituales de la época.

Con la conversión de los pueblos germánicos al Cristianismo, la monarquía adquiría una nueva responsabilidad, la de guardadora de la justicia y protectora de los derechos de su pueblo; pues si el pueblo estaba obligado a obedecer al monarca, éste no lo estaba menos a mantener su juramento de servidor de Dios. Si, por un lado no se discutía el derecho divino de los reyes, ella no implicaba de ninguna forma, por parte del pueblo, una obediencia pasiva; de suerte que existe una estrecha relación histórica entre la idea moderna de monarquía constitucional y la tradición monárquica de la Edad Media.

Con la instauración del estado feudal aparece el caballero, cuyas virtudes morales le presentan como el modelo varonil de esta segunda época medieval. Al reforzar con elevadas intenciones religiosas el espíritu germánico de lealtad personal al jefe guerrero, el caballero se consagra, de modo que en virtud de su juramento pasa por extensión a ser un defensor de la Iglesia y de los ideales cristianos, y al integrarse en la estructura cultural cristiana queda constituido, al lado del sacerdote y del campesino, en uno de los tres órganos indispensables de la sociedad.

En estas circunstancias, la Iglesia hace un supremo esfuerzo para suprimir las guerras particulares y la anarquía feudal por medio de las treguas, logrando un objetivo de superior alcance para la unidad europea al proporcionar con las cruzadas ocasión de orientar las energías bélicas dirigiéndolas contra los enemigos externos de la Cristiandad. El caballero se enaltece al convertirse en cruzado, sublimándose por medio del idealismo religioso.

Si en el período carolingio y postcarolingio, el Occidente europeo constituía una sociedad agraria en la que la vida ciudadana apenas tenía importancia, a partir del siglo XII la Europa medieval se transforma en un mundo de ciudades dotadas de un espíritu cívico tan intenso como en la época clásica. Formada por los varios elementos de la desintegración de la sociedad feudal, escribe Troeltsch, la principal razón de la existencia de la ciudad fué la

paz y el apoyo mutuo: «la libertad y los intereses comunes de todos los ciudadanos, junto con la libertad de profesión y el derecho de propiedad basado en el esfuerzo y la iniciativa personales.» Sin embargo, la moral y la religión cristianas penetraban completamente estos propósitos de tipo secular, y «la ciudad medieval era un ejemplo de la sociedad cristiana descrita por Santo Tomás». Como manifiesta Troeltsch, «con sus catedrales y su intensa vida eclesiástica, sus gremios y cofradías religiosas, su preocupación por el bienestar espiritual y material de sus habitantes y sus instituciones educadoras y caritativas», la ciudad de la época «marca el punto más alto de desarrollo del espíritu medieval» (1).

Como el monasterio, pues, las ciudades del Medioevo constituían un oasis de seguridad y paz en un mundo trastornado por la guerra. Era un lugar de refugio en el que bajo la protección de la Iglesia, las gentes pacíficas se agrupaban y organizaban para desarrollar libremente su vida espiritual y material, y fortalecerse contra la arbitrariedad y la violación.

Y fué en este ambiente cargado de elementos espirituales —manifiesta Dawson— que tuvo lugar la recuperación económica, la expansión comercial, el incremento de las oportunidades de libertad personal y el gran florecimiento religioso de la cultura cristiana del Medioevo, cuya expresión artística más sublime se manifestó en la arquitectura y escultura gótica, que, originándose en el norte de Francia en el siglo XII, se expansionaron por toda la Cristianidad en ciento cincuenta años. La nueva ciudad produjo hombres nuevos y un nuevo arte, y aunque ambos estaban condicionados a los factores económicos y dependían materialmente del desarrollo de la actividad comercial e industrial, estaban inspirados por las nuevas fuerzas espirituales que lo precedían: las rutas de peregrinación son más antiguas que las comerciales, y los grandes centros de peregrinación son anteriores a las famosas ferias y centros mercantiles.

Finalmente, y sobre todo, existía la cofradía que, bajo la ad-

(1) TROELTSCH: *Soziallehren der christlichen Kirchen und Gruppen*, páginas 250-51. Citado por C. DAWSON en *Religion and the Rise of Western Culture*. Sheed and Ward, Londres, 1950, pág. 194.



vocación de un santo y con propósitos de mutua ayuda espiritual y material, proporcionó la semilla del gran florecimiento de la vida comunal, gremial y mercantil.

El gremio es la institución más característica de la sociedad urbana medieval, y su interna solidaridad lo hacía más indispensable para sus miembros que la misma ciudadanía, pues era a través de aquél que ordinariamente se ejercía ésta. El gremio constituía, pues, un microcosmos que combinaba las actividades seculares y religiosas en el mismo complejo social. El altar del gremio, la provisión de rogativas y misas para los miembros fallecidos, la representación de dramas religiosos en las grandes festividades eran funciones gremiales tan importantes como la regulación de los sueldos, la asistencia a los enfermos o necesitados o el derecho de participación en el gobierno de la ciudad.

Como fuera, pues, que la ciudad medieval encontraba su expresión característica en la vida de la Iglesia y en la extensión de la liturgia en la vida ordinaria por medio del arte y el esplendor de las fiestas religiosas, la pobreza material del individuo quedaba compensada por un desarrollo de la actividad comunal y una expresión artística y simbólica más amplia de lo que hayan conocido las opulentas sociedades de la Europa moderna.

En resumen, la ciudad medieval, integrando en su seno las corporaciones gremiales, ejerciendo sus funciones económicas y gozando de sus libertades cívicas, representa la realización más completa de los ideales del Medioevo tal como se desprende de los escritos de Santo Tomás y sus contemporáneos.

El renacimiento de la ciudad viene acompañado de alteraciones de extraordinaria importancia en la vida intelectual de la sociedad de Occidente y en las tradiciones de la educación medieval, produciendo los cambios correspondientes en las relaciones entre la religión y la cultura. Me refiero a la transferencia del prestigio intelectual de las abadías benedictinas, centros de la vida cultural de la primera parte del Medioevo, a las escuelas catedralicias y a las universidades.

Hacia el siglo XI (aparte la situación excepcional de Bec y

Monte Cassino) la delantera del saber y de la educación pasaba a manos de las escuelas catedralicias del norte de Francia y Lorena: Reims, Chartres, Laon, Turnai y Lieja, sobre todo la última, en la que las escuelas monásticas de la diócesis produjeron una especie de naciente universidad a la que acudían sabios de toda Europa.

Durante el siglo XII, se formaron las dos primeras universidades de Europa, París y Bolonia, grandes centros internacionales de teología y filosofía, la primera, y leyes, la segunda. Inmediatamente fueron apareciendo en Europa otras muchas universidades, en cuyas aulas se habían de formar las clases intelectuales que tenían que dominar desde entonces la cultura occidental. En el pasado, la unidad espiritual de la Cristiandad se había realizado por medio de la fe y la moral común de la tradición monástica de Occidente. Pero con la aparición de las universidades, Europa adquiriría una nueva disciplina intelectual y científica que le abriría inmensos horizontes. No se puede dejar de reconocer que el desarrollo de la ciencia moderna no se habría podido producir si la mentalidad occidental no se hubiera preparado con varios siglos de disciplina intelectual para aceptar la racionalización del universo y el poder de la inteligencia humana para investigar el orden de la naturaleza.

A la tradición europea representada por las universidades de París y Bolonia hay que añadir la tradición oriental proporcionada por España. La escuela de traductores de Toledo, que en los siglos XII y XIII fué tan importante como los centros citados del Medievo, incorporó a la cultura europea la obra total de Aristóteles (que estaba traducida al árabe) así como las obras principales de los filósofos y científicos musulmanes y judíos.

Con el nacimiento de las universidades y la incorporación de nuevas corrientes de saber se presentaba un gran problema: la elaboración de una síntesis filosófica que uniera la verdad científica contenida en las enseñanzas de los filósofos con la verdad representada por la tradición de la Iglesia y la doctrina de los teólogos. La solución se debió a la Orden dominicana y, sobre todo, al enor-

me esfuerzo de Santo Tomás, con cuya obra se llevó a cabo aquel ideal de organización universal de la vida humana y el conocimiento por medio de un principio espiritual, que no estaba tan sólo confinado al gobierno internacional de la Iglesia, sino que constituía el espíritu dominante de la cultura del siglo XIII.

* * *

Sin el Cristianismo, es indudable que la cultura europea no existiría o sería completamente diferente de lo que es en realidad. Incluso en el Humanismo hay que reconocer la existencia de un elemento definitivamente cristiano, pues fué en virtud de los recursos acumulados en un pasado cristiano que los grandes hombres del Renacimiento se encontraron con la energía necesaria para conquistar el mundo material y crear un nuevo tipo de cultura.

La actividad intelectual del hombre de Occidente —concluye Dawson—, manifestada en la invención científica y técnica así como en los descubrimientos geográficos, no fué herencia natural de un especial tipo biológico, sino el resultado de un largo proceso formativo que cambió gradualmente la orientación del pensamiento humano y ensanchó las posibilidades de acción social. Y en este proceso el factor vital no fué el poder agresivo de los conquistadores ni la ambición de los capitalistas, sino la ampliación del campo de la inteligencia humana y el desarrollo del ingenio industrial y creador.

Las otras grandes culturas mundiales realizaron sus síntesis entre la religión y la vida y mantuvieron su orden sagrado inalterado durante siglos; pero la civilización occidental ha constituido el gran fermento de los cambios mundiales, porque la transformación del mundo constituye una parte integrante de su ideal de cultura. El Cristianismo en Europa ha realizado y realiza una función vital doble, actuando de principio conservador a la vez que revolucionario y conductor de una nueva vida espiritual.

SEMBLANZA DE UN GRAN PINTOR ESPAÑOL DEL SIGLO XIX

Por MANUEL PRADOS LOPEZ

DON José Denis Belgrano, pintor superdotado, de rica inspiración y provechosa actividad, desenvolvió en Málaga su brillante labor artística y didáctica en la segunda mitad del siglo XIX. Maestro de maestros, su humildad ínsita no impidió que su nombre pasase a los catálogos históricos con nota de valor inolvidable; pero demoró la expansión de su fama, manteniendo su nombre en la gustosa, amable y cordialísima intimidad de su tierra, cuna de grandes artistas. Aunque hoy ningún versado en arte puede regatearle méritos, la obra de Denis resulta desconocida para muchos que no deberían ignorarla.

Fué a Roma muy joven, pensionado por el marqués de Guadaro; pero Denis, que supo demostrar rápidamente la justicia y oportunidad de la generosa ayuda, retornó a Málaga, en lo más lucido de su carrera de éxitos, acuciado por amantísimos desvelos filiales, y ya no volvió a salir de su ciudad natal. En 1877 pintó un cuadro de género, «Una madre y una hija escuchando los consejos de un sacerdote», y concurrió a la Exposición Nacional del mismo año con tres lienzos preciosos: «Una manola», «Declara-

ción amorosa» y «Un asturiano». El Ayuntamiento de Málaga le encargó, en 1878, un retrato de la Infanta Mercedes de Orleáns.

En el Círculo Mercantil de la bella ciudad mediterránea se conservaban algunos de los mejores cuadros del maestro, entre ellos, «El palco de los toros», «Al piano», «Un quite» y «Currutaco», que fueron destruidos por el fuego el 18 de julio de 1936, fecha aciaga para los malagueños.

Ante «El currutaco», el maestro Sorolla preguntó a Jaraba, un día, visitando el museo del popular casino: «—¿Quién es este pintor que yo no conocía y que pinta tan magistralmente?» Aquel asombro estaba justificadísimo. Denis, en la plenitud de su maestría, era desconocido aún de los más célebres artistas de su tiempo. La falta de renombre nunca inquietó a don José, pero fué una desventaja durante su carrera. Cuando sus méritos se acrisolan y agigantan en el contraste, todavía hay que luchar un poco contra la niebla de olvidos y desconocimientos que se demora entre los legítimos laureles. Pero Denis tiene ya puesto seguro de artista personalísimo en el escalafón de la inmortalidad.

* * *

Denis es un auténtico pintor del siglo XIX en los mejores años de acción renovadora y anhelos de aire libre y sol. A quienes se extrañen del tal fijación de la figura en el tiempo, debemos advertir que el singular artista fué, si gran retratista y gran intérprete de tipos de salón o jardín, de pamelas y casacas y de ambientes íntimos, gran señor también del paisaje. Con estas notas reproducimos dos cuadros de este género, modelos de brillantez, de amor a la Naturaleza y a la vida en sus desbordamientos de color y de luz.

Sin embargo, Denis es fiel a su tiempo y a los conceptos estéticos heredados. Es decir, que no renuncia a lo tradicional, ni al proceso continuo de la pintura española. Le sobran aptitudes para brincar sobre prejuicios y modos; pero su talento tiene la suficiente humildad y la paciencia reflexiva que le interesa para no romper ninguna norma. Así aprovecha todo lo aprendido y prosi-

que la gloriosa tradición de la buena pintura española, aportando a ésta los frutos de una fecunda personalidad acuciante.

Denis es un extraordinario pintor de estudio, de interiores, conservador de una gracia española y un garbo de magníficos antecedentes. Pero, como es un pintor completo y progresivo, sale al campo en busca de la verdad revolucionaria del sol como el más arrebatado artista andaluz, ganoso de diaprura, de novedades vitales, de realidades doradas y hermosas. En tal aspecto, es fiel a su íntimo desasosiego espiritual por alumbrar caminos y fiel a su ambiente geográfico tan sugestivo, tan inspirador, tan deslumbrador. No hay mejor manera de ser pintor español que la de amar los temas natales. Algo análogo se puede opinar respecto de los poetas, los escritores y los músicos y, en general, de todos los artistas. Denis es un excelente pintor de España, porque es un magnífico pintor de Málaga.

Se ha elogiado mucho el dibujo de Denis, la técnica rotunda y expresiva de sus telas, sus brillos y sus efectos de calidades comparadas. En eso se advierte, a nuestro juicio, la eficacia de un aprendizaje a conciencia y el triunfo aparentemente fácil, pero en rigor de verdad difícil, de unas aptitudes puestas a prueba de continuo en el adiestramiento. Semejante celo, entre vocacional, humilde y artesano, hallamos en casi todos los verdaderos maestros famosos a quienes ligeramente se atribuye una prodigiosa facilidad para hacer. Pero Denis no es sólo admirable por lo honradamente que domina su oficio y se vale de él para lucir el ingenio propio. Denis es también admirable porque compone con una singular maestría. Contemplemos, por ejemplo, el cuadro «Después de la corrida». Sin el acierto que en ese y otros lienzos revela para colocar las figuras y combinarlas, sujetándolas a ondulaciones de perfiles expresivos, con un hondo sentimiento de la línea y un presentimiento del conjunto de líneas —esto es, de la armonía de la composición—; sin tal secreta, humilde y tremenda victoria, la fama de Denis quedaría limitada al concepto de lo gracioso, de lo lindo y de lo coruscante. Después de las anteriores observaciones, Denis se clasifica entre los grandes pintores españoles de su tiempo

y resalta del plantel malagueño por una suma de cualidades fundamentales de maestro que nada ignora y en todo supera el límite de lo bueno para alcanzar grados en lo extraordinario.

Humano, humanísimo, se deja influir, que no inspirar, por las escenas casi domésticas de la Andalucía de su alrededor, que es el modo de no falsearla. Toreros y mujeres de rompe y rasga no son en sus cuadros siluetas tópicas, ni muñecos de pandereta, sino seres representativos muy dignos del pincel, con calor de pasión y excesos de alegría, con todo el garbo de lo auténtico, simple, elemental, popular y hermoso que, por sus apretados valores étnicos y estéticos, se hace mito fragante y leyenda apasionada.

«La lectura de la obra» también avala nuestro comentario en torno a la composición. Y añade a su fuerza de paradigma la gracia —en alarde— de las calidades, tan sumisas en este caso al designio revelador de caracteres, tan colaboradoras con el empaque de los personajes de entre bastidores.

Claro que Denis es siempre indiscutible maestro en los sugeridores temas de una sola figura como «La carta», «El monaguillo» y «El picador». El quid de su maestría —insistimos— es la fuerza expresiva y el respeto al natural. Pero por la línea recta y limpia de su amor a lo real, Denis invade la zona de lo magistral evocador en cuadros como ese de la dama contemplativa y medieval, que se dijera transido de una poética intención narrativa y soñadora.

No pretendemos descubrir a Denis Belgrano; pero sí consagrar a su memoria una atención que no quisiéramos que resultase meramente exaltadora de méritos indiscutibles y ya contrastados, sino oportunamente honradora de una labor no todo lo bien conocida que merece de la generación actual. Si el tiempo acrisola virtudes y méritos, si vale para el contraste de tareas y revalorización de obras, nunca mejor aprovechado el tesoro de años que ya nos separan del maestro para alinear en páginas de actualidad los lienzos demostrativos de un pintor español ilustrísimo a cuya fama fué obstáculo, al fin y al cabo superado, la humildad temperamental de la persona.

VENTANA
AL MUNDO



LA PINTURA DE DAVID LAX, SÍMBOLO DE LA DESESPERANZA DE LA POSTGUERRA

PINTA la desesperanza, fruto de sus experiencias en la guerra. Reposando en una litera, en un alojamiento militar en las afueras de París, inmediatamente después de la victoria en Europa, David Lax concibió la idea de su serie de lienzos titulada Denunciación, cuyas pinturas habrían de liberar su alma atormentada de la confusión emotiva agudizada por cuatro años del infierno de la guerra moderna.

«Había visto los cadáveres amontonados en los furgones, en un apartadero cerca de Dachau», dijo Lax. «Había visto cómo las mujeres y los niños revolvían la basura en busca de alimento. Los gritos de los desamparados y de los moribundos resonaban en mis oídos. La monstruosa inhumanidad del hombre para con el hombre me espantaba. Sabía que cuando volviese a coger el pincel para pintar paisajes, bodegones, retratos y pinturas decorativas sin objeto preciso, no podría expresar la tormenta de mi alma catalizada por estas experiencias terribles. Se me presentaba el tema demasiado claro —la conducta insana del hombre a través de los siglos— la denuncia del fracaso de la moralidad, la ética y la filosofía.»

Cuando Lax volvió a América, lo que allí vió le hizo sentirse

aún más desesperado. «Los excesos de la inflación de la postguerra, la usura desalmada, la total ausencia de simpatía entre los hombres, todo esto —dijo Lax— completaba el cuadro de lo que en realidad podía llamarse La Caída del Hombre».

Imbuído de este presentimiento de calamidad, Lax vino a Nueva York para pintar cuadros de la guerra y de la paz frenética que se había establecido en el mundo. Es cierto que como «informador» venía pintando la guerra desde 1941, cuando entró en el Ejército como pintor oficial de batallas. Pero «Denunciación» debía ser algo muy diferente.

De acuerdo con las normas de antes de la guerra, el dinero que tenía ahorrado bastaría para mantenerle hasta haber cumplido su proyecto. Pero no había contado con la inflación. Se le acabó el dinero cuando aun no había terminado ocho de los cuadros de la serie, o sea la mitad. Le ayudó un amigo; Irving Grossman se ofreció para suministrarle dinero hasta que completase la serie de lienzos. En la primavera de 1949 murió Grossman. Lax ha dedicado a su memoria los quince cuadros de «Denunciación».

David Lax había visto muchas cosas antes de la guerra. Nacido en los montes de Catskill, del Estado de Nueva York, vivió su primera niñez en la finca. Cuando tenía once años quedó su madre viuda y abrió una pastelería en el Bronx neoyorquino. Era a la vez tahona y restaurante, y el joven servía las mesas cuando no estaba en el colegio. Esto le sirvió de educación de cierto modo. Allí estaban las camareras: muchachas de las Indias orientales, francesas, griegas, alemanas y mulatas. A las distintas horas del día iban al café diferentes clases de personas. A las seis de la mañana los trabajadores entraban de prisa a tomar un café y un bollo. A mediodía llegaba el desfile de las esposas, empujando los cochecitos de los niños que se encontraban con los amigos. Las tres de la tarde era la hora de los escolares; al anochecer, la de las parejas de enamorados.

Obtuvo una beca para la Escuela de Cultura Etica, que terminó con el Premio Mayor de Pintura. Consiguió un empleo bien remunerado en una vidriería, donde labró cristales para la deco-



«En vano, ¡oh Señor!», por David La X.

ración arquitectónica. Una mañana, al cabo de tres años de este trabajo, se preguntó: «¿Y cuándo voy a pintar?» Se despidió de la fábrica. En 1931 lo pasó muy mal. Fué entonces cuando Irving Mills se interesó por la pintura de Lax y muy generosamente consintió ayudarlo. Lax sabía de una finca en Florida donde se podía vivir por 25 dólares mensuales. En el Sur pasó cinco años enteros, residiendo en los bosques apartados, donde convivía con negros, aventureros y con los propietarios de aquellas tierras semiestériles.

Luego viajó: por el Suroeste, Méjico, California. Durante ocho meses trabajó en las minas de carbón de Pennsylvania. Gustó de los huevos adobados y cató cerveza en poblados primitivos —Hazleton, Wilkes-Barre—. Y comprendió que cada lugar tiene su propia calidad de vida. Pasó dos años en Gaspe. Observó a los pescadores calando las redes; asistió a los bailes en la Casa del Pescador; escuchó las voces maravillosas en la Catedral. Durante estos años Lax dedicó su obra al dominio del estilo académico. Se interesó por la representación exacta de las apariencias, logrando un realismo fotográfico.

En 1939 celebró su primera exposición en las Grand Central Art Galleries. Dos años más tarde estaba en el Ejército.

Los quince lienzos de «Denunciación» estarán expuestos en las Grand Central Art Galleries, de Nueva York, del 1 al 19 de noviembre. Se ha anunciado que la serie será enviada luego a las ciudades más importantes de los Estados Unidos y de Europa, comenzando por Chicago, donde, a partir del 15 de enero, será expuesta en la American Artists Gallery, y en Los Angeles, donde se exhibirá el 1 de abril en las Associated American Artists Galleries.

Lax no es un novato en el mundo del arte. A los treinta y ocho años de edad ha celebrado ya más de sesenta y cinco exposiciones individuales y está representado en varias colecciones de los Estados Unidos y de Europa.

(Artículo traducido del «American Artist», de noviembre de 1949, páginas 29 y 59.)

ASPECTOS DE NUESTRA NOVELA EN AFRICA

LA novela de nuestros días toma nuevos rumbos, se ha desviado de su antiguo cauce. Así como en la época romántica existió la novela-poema, tipo «Graziella», de Lamartine, en nuestros días existen la novela-ensayo y la novela-reportaje, si bien sobrevive la novela psicológica derivada del realismo en algunos escritores muy recientes.

De la novela-reportaje tenemos ejemplos en las del alemán Remarque, en la «Saga», del brasileño Eurico Verissimo, y en «Week-End a Zuydcoote», del francés Robert Merlé, Premio Goncourt 1949. En España, desde hace varios lustros, cultiva con éxito este género de novela el ilustre escritor africanista Luis Antonio de Vega, cuyas obras completas he leído con atención y conservo en lugar preferente de mi biblioteca. A través de docena y media de libros grandes y en varias docenas de cuentos y novelas cortas, reclama para sí el título de creador del género, puesto que todas sus narraciones están escritas en primera persona, figurando el novelista como espectador y principal protagonista, hasta con su propio nombre de Luis Antonio de Vega.



El simple enunciado de algunos títulos bastará para dar una idea de estas novelas-reportajes que con tanto éxito cultiva: «Por el camino de los dromedarios», «Espías sobre el mapa de Africa», «Yo he sido Emperador», «Mis amigas eran espías», y la que rotulada «Yo robé el Arca de Noé», acaba de publicar —1950— en la Editorial Escelicer. También caen de lleno dentro del género «El Busbir», «Como las algas muertas», «Los que no descienden de Eva» (Premio de Unamuno), «Sirena de pólvora», «La casa de las rosas amarillas», «La disparatada vida de Elisabeth», «Amor entró en la judería», «Chiquita de Bilbao» y «Los hijos del novio», que obtuvo el Premio Africa de Literatura.

Estas novelas-reportaje de Luis Antonio de Vega están bellamente escritas, llenas de encanto poético y esmaltadas de giros orientales, por lo que mantienen vivo el interés del lector, llevándolo de emoción en sorpresa. Lo maravilloso de este literato, dotado de poderosa fantasía y de un estilo adecuado al clima de sus novelas, es que sabiendo el lector desde la primera página que cuanto allí acontece es pura fábula, queda al mismo tiempo convencido, porque la magia creadora no deja resquicio a la duda, de que en todas aquellas aventuras míticas, bordadas sobre el cañamazo de una geografía inventada a ratos, fué actor y espectador el propio novelista. Es posible esta sugestión por el profundo conocimiento —directo, intuído, soñado o libresco, que de todo hay— que Vega tiene de los temas africanos, del suelo y de sus indígenas, de la arquitectura, instituciones, religión y costumbres, hasta el punto de identificarse el autor con las distintas tribus o la estudiantada de El Cairo, a las que se mezcla y en las que convive como un perfecto musulmán, aunque buen amigo de los hebreos marroquíes.

Luis Antonio de Vega es, ante todo, nuestro gran novelista del Marruecos hispano-francés, ya que pinta con vigor periodístico y penetración poética la geografía, los tipos y las costumbres de un mundo en trance de desaparecer. Los libros de este buen literato son sencillamente magníficos, por sus pinturas vivas de los campos, por la descripción colorista de las *medinas* y de los *ghetos*,

por su conocimiento de la historia y de la psicología de dos pueblos profundamente religiosos —el árabe y el judío— que se extienden, en la novelística de Vega, desde la egipcia Universidad de El Azhar a los desiertos arenosos del Sahara Occidental donde los morabitos asfixiantes se dan aire con abanicos de palmeras y templan su sed abrasadora con el agua amarga de los oasis.

La pintura que ahora nos hace Luis Antonio de Vega en «Yo robé el Arca de Noé» del Egipto actual, con su movimiento turístico latino-anglo-sajón y su Universidad de El Azhar, aparte de las consideraciones de orden político y otros órdenes que no son del caso, originales y graciosas como suyas, es sencillamente encantadora para sus lectores. Vega es un novelista originalísimo, quizás el más original de los escritores que hicieron literatura sobre el mundo musulmán y sobre el mapa de Africa. Su temperamento soñador, perezoso y romántico se desfleca en episodios que a él, tan poco dado a la acción, le hubiera gustado vivir y que imagina que vivió, tan intensamente, con tal potencia creadora, que hace posible el proverbio hindú: «El que se finge fantasma, llega a serlo»; al menos, en el mundo misterioso de la imaginación. Ni Loti, ni Benoit, ni Morand, ni los Tharand le superan en interés narrativo, en la gracia taraceada de los diálogos, en el damasquinado de los tipos que pinta, como esas tres hebreas: Noemi, Rachel y Lía que el taleb Dris El Araichi atisbaba desde su zaquizamí cairota; como ese impresionante y chiflado Rabí Raul, igual que Mustafá Bakali, personaje inventado para guía e informador del futuro ladrón romántico de los pedazos del Arca de Noé que, como testimonio arqueológico del Diluvio Universal, descansaban sobre los muros sagrados de la Mezquita Kibla. Humor y ternura se ensamban perfectamente en esta magnífica novela de Luis Antonio de Vega, vista e ideada como un maravilloso reportaje que inventó escribir en Elizondo, mientras un terrible temporal iba anegando la tierra con sus aguas. La pintura del escenario diluvial es impresionante, rompiendo la angustia de la tragedia el relato de las animadas escenas en los cafetines del Nilo, la vida en la Universidad del Azhar, la descripción de grupos étnicos en el ejército de

alumnos y las diversas costumbres de los creyentes en Mahoma. Así, prendidos en el interés de los episodios, hasta que brilla el arco iris esperanzador sobre las tierras inundadas.

En «Yo robé el Arca de Noé» Luis Antonio de Vega afirma su fama de ser el mejor de cuantos novelistas contemporáneos, así nacionales como extranjeros, escriben sobre las costumbres hebreo-musulmanas, bordándolas con estilo originalísimo sobre el cañamazo que forman los meridianos y paralelos del Africa y demás tierras del Profeta.

«La Novela Corta»

Esta publicación española, inteligentemente dirigida por su fundadora, Angeles Villarta, una de las más notables escritoras de nuestros días, intenta enlazar literariamente con aquella publicación semanal que se hizo famosa, bajo el mismo título, por el año 1916 y de la mano experta de José de Urquía. Tenía su lista de colaboradores únicos y en ella escribían los más insignes cultivadores de la novela corta, tan digna de atención, tan bella y tan nuestra.

Al precio increíble de una peseta nos ofrece «La Novela Corta» ahora, como entonces, escogidas creaciones de los novelistas de nuestros días. Al llegar a los treinta números publicados, cifra que no lograron muchos intentos anteriores en el género, bien merece esta interesante publicación semanal le dediquemos una glosa en las avisadas columnas de la prensa diaria, para que su mundo poético, fabuloso y deslumbrante de bellezas literarias pueda llegar al mayor número de lectores. Los amantes de la buena literatura novelesca podrán deleitarse en sus páginas y poseer, al mismo tiempo, una colección de relatos cortos de todos los estilos, seleccionados con arte y buen gusto por su inteligente directora.

En «La Novela Corta» encontramos la maestría universalmente reconocida de Pío Baroja, el humor finísimo de Wenceslao Fernández Flórez, la gracia poética de Mariano Tomás, el colorismo africano y peninsular del joven maestro Luis Antonio de Vega, las

ensoñaciones viajeras del gran Federico García Sanchiz, las fábulas medulares del veterano Rafael López de Haro, la suavidad espiritual y el aticismo andaluz de José María Pemán, el romanticismo amable y la sensualidad nostálgica de José Francés, el mundo frívolo y amatorio del ayer apenas esfumado que caracteriza el estilo de Alberto Insúa, el vigor siempre lozano de la prosa cincelada de Tomás Borrás, la risa jocunda de Enrique Jardiel Poncela y la agilidad periodística de Angeles Villarta, Francisco Serrano Anguita, Luis de Armiñán, Alfredo Marquerie y Ernesto de Guzmán, a los que seguirán otros autores amenos y de reconocido mérito literario.

Deseamos largos años de vida a esta novela corta cargada de belleza para bien de las letras españolas.

Bordonau y la Cultura Nacional

El Ministerio de Educación Nacional muestra un notable empeño en crear el mayor número posible de bibliotecas en toda la periferia española, red de cultura que se extiende cada día más a través de las provincias hispanas bajo el impulso ordenador de don Miguel Bordonau Más, como director general de Archivos, Bibliotecas y Museos, además de presidente de la Junta de Adquisición y Distribución de Publicaciones. Bordonau labora incansable por la cultura nacional y es honra del Cuerpo facultativo a que pertenece.

Precisa, para conocimiento nacional y estímulo ejemplar en las nuevas generaciones, traer a las avisadas columnas de la prensa diaria su ficha biográfica. Es valenciano, nació en la hermosa ciudad del Turia el 21 de marzo de 1901, haciendo con brillantísimas notas todo el Bachillerato y su Licenciatura en Filosofía y Letras, con premio extraordinario, sección de Historias.

Nació en el seno de una familia hidalga, pero no rica, por lo que tuvo que hacer inmediatamente oposiciones que ganó, ingresando a los veinte años de edad, ahora hace veintinueve, el 26 de julio de 1921, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliote-

carios y Arqueólogos. Su hoja de relevantes servicios nos dice que de 1921 a 1923 fué jefe del Archivo de Hacienda en Murcia. Seguidamente, fué destinado al Archivo General de Simancas, ascendiendo a director del mismo en 1926, cargo que desempeñó hasta el año 1931, advenimiento de la funesta República, siendo trasladado a la Biblioteca Nacional de Madrid.

Hombre de acendrado patriotismo y de inteligencia clara, cualidades puestas la servicio de una vastísima cultura, mereció ser nombrado secretario particular de don Miguel Artigas —su ilustre antecesor en el cargo— al terminar el glorioso Movimiento Nacional. Artigas se dió cuenta en seguida de los extraordinarios méritos del señor Bordonau Más, así como nuestro Ministro de Educación, por lo que fué nombrado en 1941, en atención a sus merecimientos, secretario de la Biblioteca Nacional y del Consejo Nacional de Educación en su Sección VI, cargos en los que se distinguió por su celo inteligente y su esfuerzo nunca escatimado.

En carrera ascendente, pasó a ejercer por 1945 el alto cargo de inspector general de Archivos, y unos meses después, por enfermedad de don Miguel Artigas era Bordonau Más el encargado del despacho de la Dirección General. A la muerte de don Miguel le sustituyó como director general de Archivos, Bibliotecas y Museos, alto cargo desde el que no cesa de laborar en pro de la creación de centros de cultura en todas las provincias españolas, debiéndose a su tenacidad el incremento alcanzado en nuestra Patria por la red de Bibliotecas comarcales y rurales.

Aun podríamos añadir que don Miguel Bordonau y Más es un magnífico escritor, al que se deben bastantes libros importantes; que ha hecho viajes científicos por Norteamérica y otros países del extranjero; que está en posesión de varias condecoraciones y, entre ellas, la Encomienda con Placa de la Orden de Alfonso X el Sabio. Tal es, referida a grandes trazos periodísticos, la relevante personalidad del señor Bordonau, persona escogida por nuestro Ministro de Educación Nacional para poner en práctica el deseo expreso del Caudillo de que no haya un solo pueblo sin biblioteca, ni un hogar español al que no llegue el bálsamo espiritual de la cultura.

EL ATENEO AMERICANO DE WASHINGTON

P o r J O S E S . D .
C. de la Academia Nacional de Venezuela

I

UNO de los más ilustres escritores de Centro América, el hondureño Rafael Heliodoro Valle, tan docto profesor como ágil periodista y agudo diplomático, nos envía desde la capital de los Estados Unidos unos boletines pulquérrimos por los que sé que se ha fundado, a finales del año 1949, el Ateneo Americano de Wáshington, especie de Casa de la Cultura de todas las Naciones Hispánicas, además de Norteamérica. El móvil es reunirse «para trabajar al servicio de la inteligencia en este —aquel— hemisferio y para seguir buscando, por los caminos de la cooperación y de la comprensión, la amistad y la simpatía de nuestros pueblos, su mutua comprensión, y a la vez para colaborar en la gran tarea que estadistas, juristas, educadores y maestros siguen realizando para afianzar los vínculos de la comunidad americana». Si consiguen tan nobles propósitos, ¡loado sea Dios!

Aparte de que esta institución autónoma —según el Estatuto provisional—, constituída por escritores americanos, ha de preocuparse porque su labor esté al servicio de la cultura de América, el

Ateneo ha de estar compuesto de ciento veinte socios: 22 de número, residentes en Wáshington; 21 corresponsales, uno en cada país americano de habla hispánica, y 45 correspondientes en los Estados Unidos, aparte de los honorarios que se puedan nombrar, eligiendo personas intelectuales de destacado prestigio continental. en cada una de las naciones de Hispanoamérica y Haití.

Por orden alfabético he aquí la lista de los socios fundadores del Ateneo Americano: Emilio Abreu Gómez, director de la revista *Letras de México*, miembro del Pen Club y autor de muchos libros interesantes, entre los que citaremos «Bibliografía de Sor Juan Inés de la Cruz», «Juan Pirulero» y «Canek». Francisco Aguilera, buen escritor chileno, antiguo periodista de *La Nación*, de Santiago, traductor afortunado de Whitman y subdirector de la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso yanqui. Jorge Basadre, historiador peruano y ex director de la Biblioteca Nacional de Lima; ha publicado, entre otros libros, «Historia de la República del Perú», «Perú, problema y posibilidad» y «Literatura Inca»; perteneció como catedrático a la Universidad de San Marcos, fué Ministro de Educación Pública y es miembro de la Academia Peruana de la Lengua y de la Sociedad Peruana de Filosofía. Manuel Crespo, ensayista ecuatoriano, colaborador de varias revistas hispanoamericanas, como *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica, y *Cuadernos Americanos*, de México. Antonio Gómez Robledo, escritor mejicano, ex catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de México y autor de los libros «La Filosofía en el Brasil» y «Política del P. Vitoria». Juan Guzmán Cruchaga, poeta chileno, autor de «La mirada inmóvil», «Lejana» y alguno más; dirigió, con Vicente Huidobro, la *Revista Azul* y *Musa Joven*. Enrique Kempff Mercado, escritor boliviano, diplomático y autor de las obras «Gente de Santa Cruz» y «Tierras interiores». Juan Bautista de Lavalle, catedrático peruano y ensayista, al que se deben «La crisis contemporánea de la Filosofía del Derecho» y «La lectura femenina y el espíritu de la nueva biblioteca». Alberto Lleras, ex Ministro colombiano de Edu-



cación, ex presidente de la República de su país y un gran periodista siempre.

Además, con fundadores, el poeta guatemalteco Antonio Morales Nauler, diplomático y autor de «Romances de Tierra Verde». Luis Guillermo Piazza, profesor argentino, director de la revista *Cultura*, especializado en el estudio del Derecho en la América hispánica. José Rafael Pocaterra, intelectual venezolano, embajador de su país y autor de «Memorias de un venezolano de la decadencia», «Vidas oscuras» e «Integración venezolana». Luis Quintanilla, demagogo mejicano, al servicio de la U. R. S. S., fundador en Méjico del «Teatro del Murciélago». Manuel F. Rugeles, poeta de Caracas, primer premio en los Juegos Florales Iberoamericanos de 1947 y autor de «Cántaro», «Errante Melodía» y «Memorias de la Tierra». El filósofo argentino Aníbal Sánchez Reulet, a quien se deben los libros «Raíz y destino de la Filosofía», «La traición de la inteligencia» y «La teoría de las categorías de Lask». Philippe Thoby-Marceline, novelista haitiano, autor de «Haití busca su expresión» y coautor de «La bestia de Musseau» y «Canapé verde», premio de la Editorial Farrar and Rinehart, de Nueva York, 1943. Rafael Heliodoro Valle, el gran literato y universitario hondureño, autor de un par de docenas de libros agotados, entre los que recordamos «Imaginación de México», que editó en la Colección Austral de Espasa-Calpe, S. A.; «México imponderable», «Itúrbi-de, varón de Dios» y «Contigo»; ejerce, a veces, la diplomacia, ha sido catedrático muchos años en Méjico, es un magnífico periodista que obtuvo el Premio Cabot —Columbia, 1940— y pertenece a numerosas Academias Nacionales de Hispanoamérica. Y, por último, Alberto M. Vázquez, catedrático y literato puertorriqueño, autor de «Cartas de don Diego Hurtado de Mendoza», «Cuentos del Sur» y «Paisaje y hombres de América»; se doctoró en la Universidad de Yale y es catedrático de Lenguas Romances.

Tales son los propósitos del Ateneo Americano de Wáshington y sus miembros fundadores de habla hispánica, aparte de los norteamericanos. Hacemos votos por su labor honrada y objetiva en los problemas específicos de la cultura y de las artes, procurando

una comprensión profunda y serena de la labor presente de las naciones americanas, la cual no hubiera sido posible sin la misión ecuménica de España.

II

CULTURA Y AMISTAD HISPANO-HAITIANA

Recientemente, realizado el cambio de notas diplomáticas para el mutuo reconocimiento entre el Estado español y la República de Haití, llegó a nuestra Patria el Ministro plenipotenciario, excelentísimo señor don Arnild Saint-Rome, que acaba de presentar sus cartas credenciales al Caudillo, conversando cordialmente con Franco. Como saludo de amistad al Representante de aquella vieja y noble tierra antillana, vamos a escribir hoy de algunos aspectos, entre tantos interesantes, de Haití.

Dice con razón Dantés Bellegarde en *La Nation Haitienne*, que por su geografía física y humana, por su historia, su organización económica, su sistema educacional, su religión y su cultura, Haití debe merecer la atención de todo el que estudie la evolución de los pueblos. Haití, que ocupa la parte oriental de la isla antillana de Santo Domingo y que en la lengua de los *arawaks*, el antiguo pueblo aborígen que ocupó aquellas comarcas, quiere decir país boscoso y montaraz, tiene una extensión, aproximada, de 27.552 kilómetros cuadrados y una población de más tres millones y medio de habitantes, de donde resulta que es el país más poblado de América.

Etnicamente, el pueblo haitiano tiene rasgos muy variados, resultante de la fusión de elementos africanos, franceses, españoles y de otros orígenes. El mestizaje, pues, se presenta en una curiosa gama de matices, que varía desde el blanco, con algunos caracteres de color, hasta el negro puro, que en las Repúblicas de Haití y de Liberia se sienten honrados y felices. A pesar de tal diversidad cromática, el pueblo constituye una nación homogénea, sobre todo



si se le considera como un conjunto de individuos que tienen recuerdos comunes en el pasado y que están obligados a adaptarse a circunstancias geográficas inmutables. En efecto, las variaciones de color no han impedido que la población haitiana deje de sentirse unida por nexos tradicionales, que mantienen fervorosamente. Henri Hoeyllaerts dice en *La République d'Haiti* que las injustas diferencias raciales sustentadas por algunos pueblos de piel blanca, entre los que no cabe incluir a España, porque aquí sabemos y sentimos desde hace muchos siglos que todos los hombres —blancos, amarillos o negros— son iguales ante Dios, ha sido un factor importante en la creación de la unidad nacional, aparte de la solidaridad de intereses económico-políticos, de la igualdad de pensamiento y acción.

Efectivamente, la ascendencia del laborioso pueblo haitiano, depurada a través de luchas históricas, justas e injustas, crueles o apasionadas, sus valientes rebeldías ante la opresión ejercida por nacionales y extranjeros, el hábito de vivir en estrechos límites territoriales, el orgullo racial de su color, las maneras comunes de pensar, de sentir, de obrar y de sufrir las repercusiones de acontecimientos internos y externos, aunque haya grandes diferencias individuales de educación, dinero y cultura, han modelado un tipo medio de haitiano que posee entre los grupos humanos su fisonomía particular. Hay los descendientes de Toussaint-L'Onverture y de Alejandro Petion, caudillos de su libertad, pueden decir en la noble independencia en que viven y laboran, con la voz ilustre de un hermano de raza L. Hughes, aunque no de lengua, en *The Weary Blues* :

¡Aquí estamos!

*La palabra nos viene
húmeda de los bosques,
y un sol enérgico
nos amanece en las venas;
el puño es fuerte,
y tiene el remo...*

Haití es un país bastante montañoso; la sierra de la Selle es la más alta, 2.715 metros. El único río importante es el llamado Artibonito. El clima es sano y cálido. El suelo es rico en minerales, como oro, plata, cobre, hierro, mercurio, cuarzo, carbón, lignitos y manganeso. El café, el cacao, el algodón, la caña de azúcar, el caucho y el tabaco son sus principales productos agrícolas. Asimismo, produce ganado y empieza a tener algunas industrias notables, creadas en parte durante la última guerra mundial. La capital de la República es Puerto-Príncipe, con cerca de trescientos mil habitantes, y todas las bellezas y comodidades de una ciudad moderna, situada en el Golfo de Gonsce, frente a la cual se abre un hermoso puerto. El Gobierno de Haití es republicano unitario, siendo elegido el Presidente por las dos Cámaras que forman la Asamblea Nacional. Actualmente es Jefe del Estado S. E. D. Dumarsais Estimé.

Los nexos históricos que unen a la República de Haití con España datan del siglo xv nada menos, pues sabido es que la Isla Española o de Santo Domingo fué descubierta por Colón el 6 de diciembre de 1492 y españoles fueron sus colonizadores primitivos, importando hombres de raza negra desde las costas africanas. En gran parte, sus hábitos de laboriosidad, de bravura, de honradez y de fe católica se los dió España, esta vieja nación, madre de los pueblos, que hoy acoge con gozo familiar al Representante diplomático de la hermosa tierra antillana.

III

LETRAS SALVADOREÑAS: AMBROGI Y SALARRUÉ

Trátase de dos excelentes narradores contemporáneos de El Salvador. El primero, al menos cronológicamente, es Arturo Ambrogí, desconocido en España, debió nacer en el último cuarto del siglo xix.

Fué diplomático de carrera y ejerció diferentes cargos en Asia,

Europa y Estados Unidos. De su estancia en Oriente dejó huella en su libro «Sensaciones del Japón y de China», bien acogido por la crítica centroamericana.

Indudablemente se trata de un hombre extraordinariamente culto y que ha viajado mucho, descollando en los libros de imaginación por un estilo personal, pulcro y nada vulgar, con el que anima los cuadros costumbrísticos y las escenas indígenas salvadoreñas.

Su labor periodística la recogió en dos tomos, titulados «Crónicas marchitas» y «Marginales de la vida». Este último publicado en 1912, en cuidada edición que poseemos, con prólogo de Juan Ramón Uriarte. Ambrogi se nos muestra en esta obra como cronista excepcional, para quien no tenían secretos las tertulias literarias de París ni la cultura europea.

Su obra imaginativa está representada por los títulos siguientes: «El libro del trópico», «Don Jacinto», «Vidas opacas», «Alma indígena», «Historia de Malespín» y «Atanasio Aquino Rex».

Con el pseudónimo de *Salarrué*, ya famoso en las letras de Centroamérica, firma uno de los más interesantes escritores salvadoreños de la hora actual: Salvador Arrué. Autor de bastantes volúmenes, en los que palpita la humanidad y el costumbrismo centroamericano; pero en ninguno de sus libros hay tan honda solera autóctona como en «Cuentos de barro», que es como si dijéramos el ánfora moderna que contiene la linfa espiritual de El Salvador.

En esos cuentos se nos muestra un *Salarrué* soñador, de atrevida fantasía, que ve convertidas las cosas más vulgares en imágenes vivientes, copiando en trazos inimitables la vida de las gentes más sencillas e incultas de su país. Arrué dice con inocente impudicia la frase torpe y bárbara que se volvió cristal en el horno ardiente de su corazón de escritor. Leyendo el cuento «Bajo la luna», se siente la emoción de lo exótico y la tranquilidad maravillosa de las noches claras de El Salvador, alfombrando de luna los tejados de las casas rurales que duermen su abulia en la orilla pintoresca de los lagos. Tiene sabor clásico de manigua centroamericana.

En «La petaca», «El serrín de cedro» y «El viento», nos hace vibrar con el intenso dolor de unos personajes trágicos, criaturas incapaces de reír y de otra cosa que no sea un manso sufrimiento sin protesta.

También hay en las páginas de *Salarrué* retazos de gran ternura y estupendas imágenes; refleja como ningún otro escritor salvadoreño de nuestros días el alma dulce y triste de los indios. Vive en sus cuentos y en sus novelas la costumbre centroamericana de apretar las palabras unas contra otras, en contracciones pintorescas, quizá en un vago anhelo de quitarles el barniz castellano para darles el dorado autóctono de los indígenas.

Además de la obra citada y de numerosas narraciones que editan en la Prensa de Hispanoamérica, Salarrué ha publicado los tomos «El Cristo Negro», «El señor de la Burbuja», «O-Yarkandal», «La vuelta del pasado» y «Clave».

He aquí, pues, las siluetas biográficas de dos ilustres novelistas salvadoreños.

IV

BOLIVIA, CUNA DEL ESCRITOR DIEZ DE MEDINA

He aquí uno de los mejores literatos jóvenes de América. No sólo en Bolivia, donde su obra habrá, necesariamente, tenido una jubilosa acogida por el entrañable valor emotivo de nacionalismo estético que la informa, sino en la Argentina, en Costa Rica, en Chile y en otras repúblicas americanas, la firma de Fernando Díez de Medina es considerada como la de uno de los jóvenes maestros del ensayo literario.

En España va siendo conocido gracias a «La Clara Senda» e «Imágenes» —sus libros anteriores— y a su última y magnífica obra «El velero matinal», que ha caído en manos de la crítica peninsular, y a unas cuantas revistas de primer orden —en las cuales colabora asiduamente— que nos llegan en vuelo intelectual desde América.

En «El velero matinal», notable volumen de ensayos sobre temas diversos, su autor se nos revela como un ensayista que vuelca en las páginas de su obra el exuberante entusiasmo estético de su alma, su gran cultura literaria, un profundo conocimiento de los temas que analiza, desplegando sobre el motivo de las figuras que estudia la poderosa fantasía de una imaginación juvenil, en un estilo magnífico que los escritores hispanoamericanos alcanzan rara vez.

Las páginas de Fernando Díez de Medina son plácidos cauces del sentimiento y de la observación recoleta. Están como envueltas e impregnadas en el sutil ambiente de Bolivia. Exhalan aromas de difícil sencillez y un aire de noble recogimiento espiritual, realmente notables.

Sus dos primeros libros son de versos, triunfo de la metáfora y del pulso del poeta; el obligado tributo del verdadero escritor a las musas, la válvula de escape de una inteligencia clara y de una sensibilidad cierta.

Podríamos añadir aquí que la actividad de Fernando Díez de Medina es polifacética; pero que sea, en un desdoblamiento de su personalidad lozana, político, financiero y periodista a la vez que escritor, poco o nada nos importa. Lo que nos interesa es su obra literaria y ahí está madura y serena, hasta el punto de que nadie diría que es fruto de una joven inteligencia.

Fernando Díez de Medina, boliviano de nacimiento y español por su recia y segura personalidad, honra notablemente la literatura hispana, ya que es pensador de enjundia, ensayista inteligente, que cultiva con raro acierto el árido y manido jardín de las letras.



HECHOS

LA EXPOSICION DE TROFEOS DE CAZA

Por CECILIO BARBERAN

LA caza, como manifestación de un afán viril primario, genuinamente español, acaba de tener en Madrid uno de los exponentes más amplios y autorizados: lo ha constituido el «Concurso de Trofeos Venatorios y Exposición de la Caza en el Arte», que, organizada por el Ministerio de Agricultura, fué inaugurada el pasado mayo en los salones del Museo de Arte Moderno y de la Sociedad Española de Amigos del Arte.

La singularidad de esta exposición de venatoria ha consistido en cuanto la misma ha tenido de español, de genuinamente hispano, frente a la universalidad y diversidad de aspectos que la caza tiene en todos los pueblos. Nosotros, en este caso, hemos podido mostrar al mundo algo que el mundo no posee: esto es, cómo el viril deporte de la caza está instituido sobre la base de la fauna hispana; de esa variedad de reses que tienen su guarida en los más distintos parajes de las sierras de la Península.

Esto comienza a destacar la singularidad del concurso, puesto que él está exento de todo exotismo cinegético, tan frecuente hoy, como ayer, en toda actividad deportiva. La caza en España se

pudiera afirmar que es una de las manifestaciones más características de la personalidad hispana; es, en gran parte, lo que pudiéramos decir la lucha del hombre peninsular contra la bestia o la fiera que nace en los bosques y parajes serranos; lucha en la que hay tanto de instinto de seguridad personal como necesidad de sustento. Esta pelea la plantea nuestro cazador de forma que la misma está exenta de todo aquello que le es ajeno, apartándose por completo incluso de muchas de las características que le fueron a la caza universales en todos los tiempos.

¿Cuándo comienza la caza entre nosotros? Sin duda, cuando se registra en la vida de todos los pueblos. La caza pudiéramos afirmar que nace con el hombre. A probarnos este aserto tiende la sala primera de la exposición que vamos a visitar, y de cuya visita procuraremos exponer el caudal de sugerencias que a cada instante la misma nos va a deparar.

La caza nace con el hombre. Un gran panorama de las actividades cinegéticas de nuestro hombre prehistórico. Cómo reflejan la caza las culturas que se suceden.

La caza nace con el hombre, acabamos de decir. Fácil nos será verlo en la presente exposición. Nos lo dice con gran autoridad la sala I del concurso, dedicada principalmente a exponer las primeras actividades cinegéticas del hombre peninsular de hace miles de años. Se halla presidida la misma por un cráneo y cornamenta del «Box primigenius» (Uro), procedente de la terraza del Manzanares.

En esta sala nos es dado admirar una serie de calcos de pictografías de los abrigos rupestres de nuestra península, que nos impresionan en su conjunto como el panorama más amplio de cómo era la caza en aquellos remotos tiempos de la vida de nuestro pueblo. El lejanísimo hombre hispano se nos comienza a revelar también como un artista. ¿Qué había éste de pintar en las paredes de sus refugios? Sin duda, las había de decorar como se decoran

hoy las de nuestros hogares: con aquello que nos es grato; nada, por lo visto, le fué al hombre prehistórico tanto como las escenas de caza.

Nada más representativo de su predilección, del regusto que aquel hombre tuvo en pintar las reses sueltas, a modo de trofeos, que los jabalíes, bisontes y rebecos calcados de las cuevas de Altamira, Peña de Candamo y Cueva del Castillo.

Pero donde la actividad pictórica de aquellos hombres se revela plenamente es, sin duda, en pictografías como las de Cueva Remigia, de Ares del Maestre (Castellón). Basta para darnos cabal idea de la importancia que aquéllas tienen, describir una sola de estas pinturas: la que lleva el número 18 de esta sala, por ejemplo, y que representa una escena de caza. En esta composición podemos ver a un jabalí acosado por cazadores lanzados a la carrera armados con arcos. Píaras de jabalíes se dispersan por el resto de la composición; en un lugar de ella podemos ver a un vigoroso cazador que, ante el temor de ser acometido por las reses, se lanza a correr. No creemos que se pueda superar en observación y dinamismo pintura alguna con escenas de caza. Lo mismo pudiéramos decir de las pictografías pertenecientes al Charco de Agua Amarga, de Alcañiz (Teruel); Cueva de Cavalls, de Tirig, y Morella de Viella (Castellón), entre tantas más.

Basta admirar dichas obras para justificar también la universalidad que la caza tuvo en todos los pueblos. Ella nos hace pensar, asimismo, que nada como la caza, desde los más remotos milenios, pudo dar origen a uno de los más amplios movimientos de universalidad que podían juntar en un común sentir a todos los hombres.

Pero no sucede así. El hombre hispano comienza pronto por disentir de todo gregario movimiento venatorio y a crear por sí mismo un nuevo concepto de tan viril deporte. De esto nos da idea el arte y la cultura que se van sucediendo. Nada más expresivo de cuanto decimos que varias de las obras de mosaico que en la sala antes citada figuran. Vamos a dar un salto de miles de años y a situarnos en época de dominación romana. El legionario ro-

mano, cuando llega a la Península, encuentra, sin duda, fuertemente arraigada en ella la afición a la caza. Esta inspira al mosaísta de dicho pueblo asuntos para sus composiciones decorativas. Nada nos documenta mejor acerca de este extremo que el espléndido mosaico romano de la villa de Romarate (Tudela) que se expone en el centro de la sala; la composición es el fondo de un «solarium», y la escena que representa es un apuesto joven —seguramente el propietario de la casa palacio—, que acaba de herir a una cierva con un venablo y precipita sobre ella su caballo para cobrar la pieza.

Después de admirar esta espléndida composición en mosaico podemos ver lo que consideramos los primeros cuadros de caza con los que se solazaría el cazador romano en su hogar. Estos son dos mosaicos, pertenecientes al Museo Arqueológico Nacional, con perdices. Estos nos revelan también que el hombre aquél ha gustado ya de la caza con reclamo, si bien no sabemos en verdad qué clase de armas utilizaría para cazarlas.

La vida cinegética hispana sigue; en la misma sala nos es dado hoy admirar una obra de arte califal de gran valor: una cierva en bronce dorado, preciosamente nielada, labor hispano-árabe del siglo X-XI. Esto nos prueba que, no obstante de cuán anulada se encuentra durante la dominación musulmana la viril actividad cinegética en los hombres hispanos, no faltan las oportunidades para manifestarse como brote de afán muy arraigado en la vida de las gentes de nuestro pueblo. Ello da origen a obra como la presente, la que nos hace adivinar la satisfacción del hombre indígena español al rememorar la caza.

La cultura visigótica, que aparece en la Península ya en declive la influencia musulmana, nos trae otro antecedente de cuánpreciado es por nuestras más selectas gentes de aquellos días el deporte de la caza. Está representado en un capitel románico con escena mitológica de cetrería; éste comienza por decirnos que en nuestro pueblo ya existe una corriente de cultura helenística, que hace a nuestros artistas concebir sus obras inspirados en la fábula de Diana, la diosa del edénico bosque de cazadores.



La universalidad que dicha cultura opera es enriquecida con el arte español. De la importancia que el asunto venatorio tiene cabe decir que éste se equipara, en cuanto a la labra de pórticos y de capiteles de templos, con el religioso, inspirador de toda grande fábrica arquitectónica. Basta, pues, con esta muestra para que podamos relacionar con ella infinidad de asuntos similares de los que decoran los capiteles de los claustros de muchos monasterios españoles.

Después la caza se nos presenta como motivo de bello y lejano romance. Nos la hace adivinar así algunas de las obras que admiramos en la sala I. Por ejemplo, en ella figura un alcahaz-halconero, caja de cetrería que se utilizaba para guardar halcones y transportarlos. Nada más bello que evocar la nobleza que tenía la caza con halcón en nuestra Edad Media. Era la predilecta de las damas que vivían en los castillos. Este alcahaz es una pieza valiosa, que nos hace adivinar la alta jerarquía social que tuvieron aquellos a quienes perteneció; es de madera dorada con dibujos, escudos e inscripciones góticas. Esta la consideramos origen de muchos romances. El verso del trovador se convierte en escena real ante la evocación que nos sugiere.

A la pintura española, en hora de infancia a la sazón, no le fueron indiferentes tampoco las composiciones y figuras de la caza; igual que sucede con la escultura ocurre con la pintura; ambas desertan algunas veces de la composición religiosa para pintar escenas de caza. En esta primera sala podemos ver también un fragmento de tabla, de autor anónimo castellano del siglo xv, que representa a dos cazadores, uno de los cuales lleva un azor en un puño; pertenece la misma al Museo del Prado; la otra pintura, en tabla también, es la imagen de San Juan Hospitalario, patrono de los cazadores, del tesoro de la catedral de Burgos.

Estas obras cierran con el mejor broche las de los ciclos que se recogen en la sala I; es decir, desde aquel remotísimo período prehistórico de las pictografías rupestres, lo romano y lo árabe, hasta llegar a lo legendario medieval, que da origen a la plástica realista, que tan estrechamente se une con la de nuestros días.

*Los grandes cuadros de caza españoles.
Lienzos maestros de la pintura flamen-
ca de ayer.*

La caza como concepción genuinamente española está representada en la sala contigua; se encargan de darnos la más rotunda impresión de esta característica los cuadros de pintores españoles del siglo XVII que figuran en ella; también las armas preciosas, tanto por su precisión mecánica como por su historia, que en vitrinas de dicha sala podemos admirar; cuadros y armas nos vienen a decir la larga gestación que tuvo dicha actividad cinegética para presentarse como genuinamente española.

Aparece ésta como una plenitud social y deportiva en los tiempos de los Austrias. ¿Qué se necesitó para llegar a este apogeo? En otras salas de la exposición, a las que en breve llegaremos, está expuesto. Pero ahora es el encontrarnos con una tan singular aportación como temática de caza genuinamente española lo que capta por completo nuestra atención. Son obras de singular valor e interés los cuadros que en la sala II se exponen. ¡Qué crónica tan fiel de una etapa de la vida social de España! ¡A qué organización tan perfecta se ha llegado en cuanto al menester cinegético!

Le corresponde la supremacía como documental y como pintura de alto valor, entre los cuadros que en esta sala figuran, a la copia anónima del cuadro de Velázquez titulado «Cacería de jabalíes en El Hoyo», cuyo lienzo original está en la National Gallery, de Londres. Este cuadro nos informa de la calidad de gentes que se pusieron siempre en movimiento en torno de una montería. En el primer término de la composición citada aparecen pintadas, con esa gravedad y nitidez que tienen las figuras velazqueñas, los servidores y soldados que se disponen para las batidas. Dentro del cercado de telas, acondicionado para el acoso de las reses, el pintor retrata en pleno dinamismo a Felipe IV, al Conde Duque, al Cardenal Infante y al balletero y tratadista de caza Juan Mateos. El cuadro, encargo para decorar alguna estancia del Palacio Real,

impresiona como una gran ilustración. Aparte, pues, de los singulares valores que como pintura el mismo tiene.

Después el interés pictórico velazqueño aumenta. Allí podemos ver la «Cabeza de ciervo» que pinta al aire libre el genial artista sevillano; éste, por su gravedad y su realismo, impresiona como uno de los mejores retratos del egregio pintor. ¿De dónde recibe Velázquez la inspiración para pintar esta cabeza? La tuvo que recibir, sin duda, de la pintura de muchos de los maestros flamencos contemporáneos, que nos legaron los cuadros de caza que en la sala contigua admiraremos; pero el genial pintor español comienza por disentir de la técnica con que están pintadas aquellas composiciones de reses; lo que en Pablo de Vos y Frans Snyders, entre tantos otros, es pintura intelectual, imaginación, en suma, del artista, en Velázquez es sosiego, meditación, estudio profundo ante el natural y la luz, cosa que da origen a esta maravillosa pintura, que acaso sea una de las primeras que se pintaron al aire libre en el mundo.

He aquí uno de los antecedentes de la pintura moderna; de aquí parten todas las nuevas teorías; la genial intuición que representa este lienzo está apoyada en una base de tan profundo estudio realista como el lienzo «Pertrechos de caza», de Velázquez también.

Después admiramos otro cuadro maestro que centra a su pintor dentro de la escuela más española: se titula «Retrato con traje de cazador del primer Marqués de Legarda», por Bartolomé Esteban Murillo. Nada más sobrio, más rotundo, más virilmente español que este lienzo, que nos revela la personalidad del pintor sevillano, ajena por completo a aquella dulce, perfecta, de sus asuntos con vírgenes y ángeles, con la que el gran pintor refleja un aspecto de la pintura italiana de su época. Este cuadro retrato de Murillo es el de un artista genuinamente español, que tiene estrechas concomitancias con Roelas, Zurbarán, Ribera y Velázquez.

Digno de mención es también como iconografía y como pintura de una escuela el retrato de Alonso Martínez del Espinar, maestro de caza y autor del célebre tratado «Arte de la Montería»,

lienzo pintado por uno de los discípulos anónimos de Velázquez. También la «Cacería del tabladillo de Aranjuez», de Juan Bautista del Mazo, el discípulo predilecto de Velázquez. Otras pinturas, que firman Ricci, y Roos y otros discípulos anónimos de aquellos, nos sitúan ante el panorama más autorizado de las figuras y escenas de caza española de aquella época.

¿Qué antecedentes tienen estos cuadros? ¿En dónde se inspiraron nuestros artistas para pintarlos?, nos preguntamos. Podríamos afirmar que una de las mayores singularidades de la pintura española de aquellos días es ésta. Contigua a dicha sala se abre la que recoge pinturas flamencas contemporáneas, que nos muestran cómo difieren totalmente de la temática de dichos cuadros. En la sala III, que contribuye a mostrarnos cómo se pintaban los asuntos venatorios, nos es dado admirar «Ciervo agarrado por dos perros», «Un galgo blanco», «Gamo perseguido» y «Perro sorprendiendo a una familia de lince», de Pablo de Vos, y un dramático «Perro al agarre de un jabalí», de Snyders, entre otras obras. Los asuntos de estas pinturas son de concepción distinta por completo a la española; es decir, en ellas se les concede el máximo interés a las reses y jaurías como primeros actores de la batida; en estos lienzos está tan ausente la presencia del hombre, que diríase que al mismo no le es permitido el goce de presenciar dichas luchas.

Es interesante contrastar las motivaciones de dichos cuadros con todas las composiciones de caza que se pintaron antes; desde las rupestres, los mosaicos romanos, las tallas visigóticas es la primera vez que observamos que los asuntos de montería aparecen sin actor humano alguno. Esta ausencia entendemos que sólo puede tener una justificación; ésta no pudo ser otra que el sentido decorativo que dichos lienzos tuvieron que llenar en los grandes palacios de aquellos días, y que para que los mismos pudieran adquirir la suntuosidad que era de rigor había que dar a estas composiciones la grandeza hiperbólica con que se pudiera concebir una batida. Y ésta, en verdad, no podía ser superada por escena alguna como el agarre de reses por una jauría en plena naturaleza.



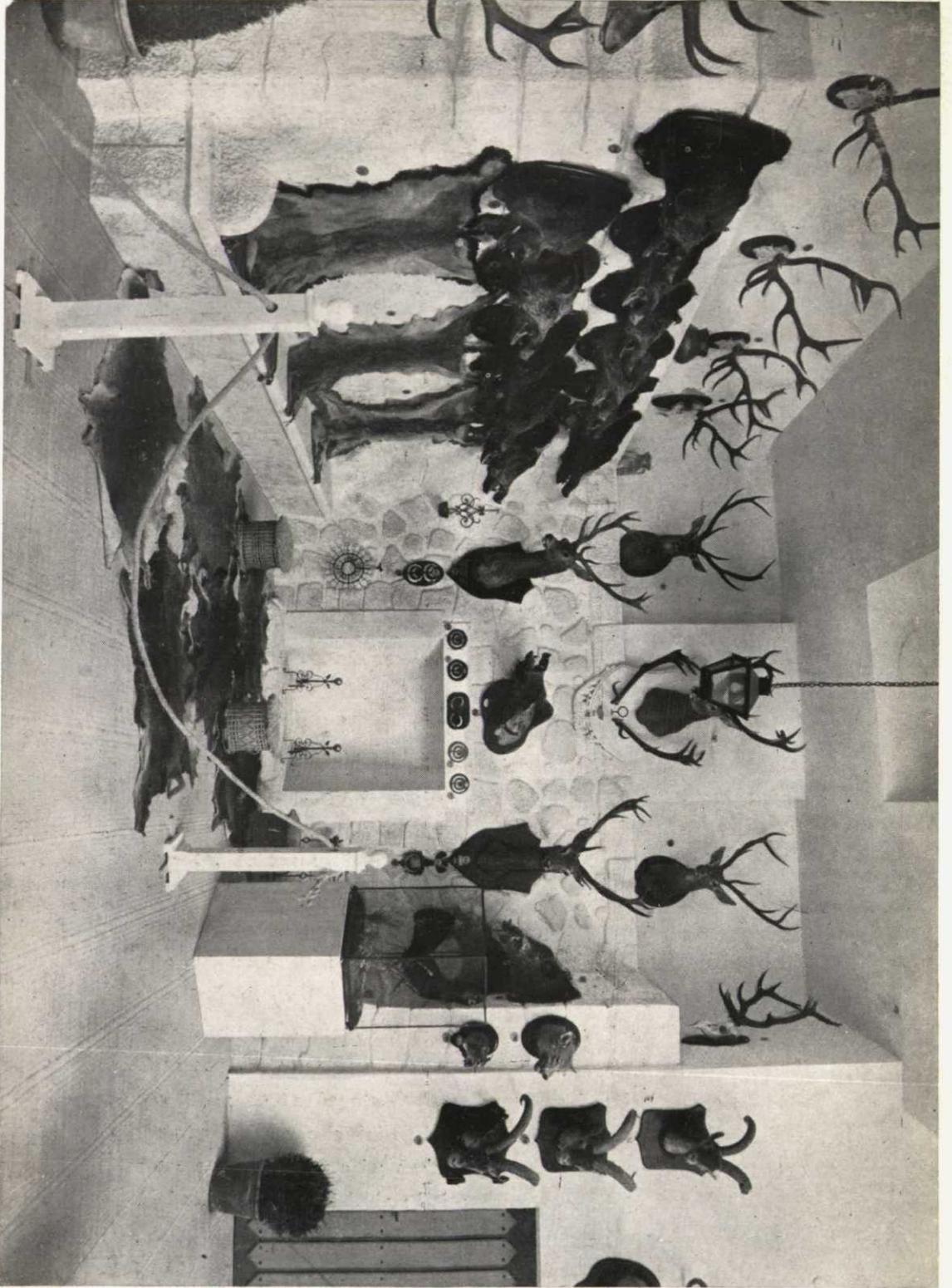
El pintor Covarsi, al lado de una de sus últimas obras.



Un aspecto de la sala de pintura en la Exposición de caza.



Cuadros de caza de autores modernos.



Trofeos exhibidos en una de las salas.

¿Qué aconsejó al pintor español concepción tan distinta en composiciones de montería? Sin duda, la misión primordial que tuvo para él dicha pintura; era la narrativa, que tenía por finalidad exaltar la viril caballerosidad del personaje; por esto, que sea el retrato de personas reales con traje de cazador tan frecuente en la obra de Velázquez; por ello, también la señorial y recia adustez que tuvo el retrato de cazador de Murillo, cuyo elogio acabamos de hacer.

Igual cabe decir cuando en el recorrido por las salas del concurso podemos ver obras de retratos tan notables como el célebre cuadro de Carlos III con traje de cazador, de Goya, que se expone en la sala IV, y el del Príncipe Carlos (después Carlos IV), del bohemio Rafael Mens.

El hombre español tiene un alto concepto de la caza. De ahí, pues que los mejores pinceles coetáneos de los siglos XVII y XVIII pusieran todo su afán para exaltarla con la más alta dignidad.

*España, paraíso del cazador. Trofeos
exponentes de nuestra riqueza venatoria.
Emociones que no se extinguen.
La taxidermia. Una gran afirmación
de la caza como concepción española.*

Hace poco tiempo, el gran técnico de la caza inglesa, Frank Wallace, en una conferencia pronunciada en el Instituto Británico, calificó a España de paraíso del cazador. ¿En qué fundamentaba tan encendido elogio el ilustre técnico y cazador inglés? Ninguna respuesta más convincente pueden tener nuestras preguntas que entrar en la sala de trofeos venatorios de la presente exposición y ver los setecientos setenta ejemplares que la constituyen. Pocas instalaciones más espléndidas se le pudo dispensar a la misma. El gran patio de escultura del Museo de Arte Moderno se acondicionó, con tan singular acierto, que éste impresiona como una instalación cinegética museal.

Está presidida la misma por un mapa venatorio de España.

Situarse ante él, leer las zonas de caza hispanas, es tanto como poder abarcar con una sola mirada todas las regiones donde radican las especies de caza mayor.

En torno de este precioso documental geográfico se exponen los trofeos más valiosos de nuestros parajes de caza. Allí están representados, a través de ejemplares selectos, las especies de ciervos, venados, corzos, jabalíes, lobos, linceos, gamos, rebecos, capra hispánica, macho montés y osos en todas sus variedades. Pertenecen los mismos a la Alta Montaña, Sierra Morena de Andújar, Sierra Morena de Córdoba, Cordillera Cantábrica, Gredos, Pirineos, Extremadura, la Almoraina, El Pardo, Andalucía Baja y Montes de Toledo. Preside los mismos un frontal, en donde figuran los trofeos primeros premios de cada especie.

Esta abundancia y variedad de reses nos justifican el elogio del célebre cazador e historiador de caza inglés, cuando dijo que España era el paraíso del cazador. En ella predominan las reses de caza mayor; nuestras sierras bravías son criaderos abundantes de todas las especies actores de la venatoria.

Pero bueno es observar que ello tiene una razón de existir; tiene su origen en el celo caballeroso, en el cuidado exquisito que puso el actual hombre hispano, al cual la fortuna le deparó posibilidades para hacerlo, para defender y conservar estas preciosas reses en sus parajes. Un código de caza racional y una guardería infatigable ofrece, pues, la singularidad de que en estos tiempos, de tan radicales imperativos económicos, España pueda ofrecer al mundo estas zonas cinegéticas como una de las conquistas y permanencias más fieles de su señorío. Nada más ejemplar que este exponente de nuestra riqueza venatoria, representada por dichos trofeos.

¿Sabemos lo que el logro de cada uno de ellos representa? Para conocerlo nada más conveniente que recordar los lances de montería; en un ángulo de esta magnífica instalación nos es dado ver una típica y señorial cocina de refugio serrano; ella nos sitúa, como por arte de magia, en el ambiente que vive nuestro cazador. Allí están, en torno de la rústica chimenea, los trofeos de jabalíes

más preciados; el suelo se cubre con una típica estera de esparto; el poyo que hay cerca del fogón atenúa su dureza con una manta de colores, obra de nuestros telares primitivos; un gran farol, que recuerda a los de estos hogares de monteros, ilumina simbólicamente el lugar. He aquí, pues, el rincón del cazador. Lugar sobrio, viril, que espolea el estímulo y brinda el más ilusionado descanso a todo aquel que llega a él dispuesto para la batida.

Nosotros, al ver reunidos estos centenares de trofeos, no podemos olvidar la suma de fantasías e ilusiones que los mismos representan. Ellos tienen el valor de emociones que no se extinguen al recordar a cada uno de los cazadores las circunstancias que concurrieron para cobrar dichas piezas. Cada una de ellas pertenece a un lugar distinto de España; a estos trofeos está unido un arrojo, una pericia, una viril actitud puesta a riesgo para cobrar aquella res. Por si esta emoción no fuese lo suficiente, San Humberto, patrono de los cazadores, dotó a sus hijos generalmente de una tan rica fantasía que ésta les hizo vivir con el recuerdo de inefables felicidades en torno de cuando aquellas reses fueron cobradas.

Cerca de estos trofeos se exponen como trofeos también una serie de reses en donde la ciencia de la taxidermia alcanza un grado máximo de perfección. Allí podemos ver ejemplares de lobos, jabalíes, ciervos, osos y capras hispánicas, tan maravillosamente disecados, que impresionan como si estuvieran alentando por la vida. Este es un arte y una ciencia genuinamente española también, puesto que no se limita sólo a dar a la res cobrada una mera corporeidad, sino que le imprime un juego vital, un dinamismo que refleja una documental observación, tanto artística como naturalista.

Esta obra de taxidermia, en unión de las otras que antes hemos visto, afirman una original concepción española acerca de la caza. Toda ella gira en torno de lo genuinamente español. Fácil es observar en todo que nada hay de extraño a lo hispánico en ninguna de las manifestaciones que antes hemos visto.

*Las armas y pertrechos de caza, elementos
preciosos de la historia de nuestra cetrería.*

Otra vez, al admirar los magníficos ejemplares de trofeos venatorios, tenemos que volver a un aspecto del ayer de la caza; a varios de ellos, mejor dicho. Antes de llegar a la sala de trofeos venatorios, nuestro interés ha quedado prendido en las armas y pertrechos de caza que usaron nuestros cazadores en sus batidas, y que se exponen en vitrinas como documentales que nos informan acerca de aspectos fundamentales de su historial.

Uno de ellos, valiosísimo, es el de las armas. ¿Cómo fueron cobradas estas reses? Responde a nuestra pregunta, refiriéndose a las batidas del hombre prehistórico, una vitrina en donde se exponen las armas de que el hombre de hace miles de años se valió para la caza. En esta vitrina podemos ver una extensa colección de hachas del chelense y de los períodos achelense y solutrense, puntas de flechas de cuarcita y pedernal, arpones y otros útiles, manifestaciones documentadas que nos muestran de qué defensas se vale el hombre de la prehistoria para enfrentarse con la poderosa res.

La comunidad de ideas, métodos y arte venatorio que representan estas armas elementales de caza es harto común en todos los pueblos del continente europeo a la sazón. ¿Hasta cuándo dura esa comunidad en los mismos? Difícil sería poderlo sintetizar en el presente recorrido, mirada panorámica por la exposición. Por esto que demos un salto de miles de años y nos situemos en períodos demasiado cerca para conocer su historia mejor.

Ahora, a continuación de la sala VII de la exposición, nos es dado contemplar una instalación de armas, en donde, en una especie de panoplia, se exponen las armas de historial más valioso. Allí, entre otras y refiriéndose a las más primitivas dentro de la órbita de la caza moderna, podemos ver una ballesta decorada con placas de marfil, un trabuco de ojeador, un arcabuz de chispa, otro especial de dama, una escopeta que perteneció al mariscal duque de Berwick, escopetas de punzón, ballestas de caza del siglo XVI y espadas de caza de igual época; éstas representan una

amplia tipología de todas las armas que se fabricaron hasta el siglo XIX con la finalidad de la caza.

Dignos de mención son también los pertrechos que figuran en las vitrinas del vestíbulo y otras que se dispersan por las distintas salas. En la vitrina primera del vestíbulo podemos ver, entre otras interesantes cosas, un polvorín de grupa, decorado con placas de marfil con escenas de caza; entre estos pertrechos de cazador, todos realizados con una fina artesanía, figura una bocina o cuerno de caza que perteneció a Garcilaso de la Vega, obra de preciosa labor hispanomorisca.

La segunda vitrina del vestíbulo nos ofrece una colección de historiados cinturones de cazadores y carjax, cuernos para el vino y para la pólvora y una serie de cuchillos de monte. Rara es la pieza de estas en la que el artífice español no dejara la huella de su primor. De estas piezas pudiera decirse que está ausente la sencillez elemental que tuvieron los pertrechos que pintara Velázquez. Sólo la rica fantasía del poderoso a quienes pertenecieran hizo posible este bello y grato arte.

Las armas históricas que pudiéramos citar son numerosas; también las armas-joyas, pertenecientes a las más ilustres casas españolas; rara es la pieza de estas que no esté vinculada a un historial ilustre. Por ejemplo, en la sala II podemos ver el arcabuz que perteneciera al príncipe Baltasar Carlos; aquel, precisamente, con el que le retratara Velázquez en su maravilloso lienzo; la escopeta de caza del rey Carlos III, con que le pintara Goya; también la de la reina María Luisa.

Estas abren nuestro interés para poder situarnos ante las obras de armas de fuego de mayor precisión del día, que se exponen en otras vitrinas. Quiere decir, por tanto, que en una sola visita podemos abarcar desde el hacha chelense hasta el potente rifle de hoy, de eficaz disparo a largas distancias.

*Bibliografía valiosa acerca de la cultura
y de la historia de nuestra caza.*

Estrechamente unidos al interés que tienen las armas y pertrechos de los que el caballero español se valió para sus batidas de caza está el conocer de qué fuentes de historia y de cultura se valió el mismo para el mejor dominio del instinto de las reses. De mostrarnos este aspecto se encarga en la presente exposición una serie de libros valiosos, pertenecientes a la biblioteca cinegética del doctor Gutiérrez Arrese, una de las figuras más prestigiosas de nuestra caza actual.

La caza, que es al fin y al cabo el encauzamiento de un instinto primario del hombre, se convierte, merced a este instinto, en una serie de conocimientos sistematizados muy amplios, base de una superior capacitación cinegética.

Tienen en este aspecto supremacía una serie de obras de singular valor, tanto por el caudal de conocimientos que encierran, como por el historial que irradian. Los libros que vamos a citar se refieren a la venatoria como concepción genuinamente española; cronológicamente también —aunque no figure en la presente exposición—: «Los paramentos de la caza», escrito por Sancho IV el Sabio, rey de Navarra, en la segunda mitad del siglo XII. Consta este tratado de ocho capítulos, y en ellos se habla de todos los problemas del arte venatorio. Esta obra da origen, según nos hizo observar el doctor Gutiérrez Arrese, al «Deduits da chasse», del conde de Foix, impreso por primera vez en París en 1507. Con «Los paramentos» se adelanta el tratadista español dos siglos a «Las órdenes de caza», de los reyes del país vecino. La inspiración de este último libro no puede ser más española.

Sigue en interés el «Tratado de montería», del siglo XV, cuyo manuscrito se encuentra en el Museo Británico y del cual publicó en fecha reciente el duque de Almazán una lujosa edición numerada. Notable, asimismo, el «Remedio de jugadores», de fray Pedro de Covarrubias, salido de las prensas de Burgos en 1519, y el titulado «Las obras de Xenofonte», por Diego Gracián, páginas llenas de atinados consejos para el hombre de caza. «Aviso de

Cazadores», de Núñez de Avendaño, es uno de los primeros códigos donde se sancionan las transgresiones en materia de caza, y el «Libro de Cetrería», de Zúñiga y Sotomayor, está considerado como el mejor tratado de su tiempo.

«Del can y del caballo», por el protonotario Luis Pérez, los «Diálogos de montería», de autor anónimo; «Ejercicios de la gineta», por Tapia y Salcedo, son, asimismo, documentales precisos que nos hablan del interés deportivo que la caza tuviera en aquellas épocas.

«Tratado de la caza del buelo», por Tamariz de la Escalera, es el primer libro donde se dan consejos de orden psicológico y técnico —según nos hace observar Gutiérrez Arrese— para el tiro de las piezas en movimiento. Interesantísimo capítulo de dicho libro es aquel que trata de la enseñanza de los perros.

Libros clásicos sobre la caza son, asimismo, el «Libro de caza», del infante don Juan Manuel; «De la caza de aves», por López de Ayala; «Libro de montería», de Argote de Molina; «Las diez aves menores de jaula», por Xamarro; «Arte de caza de altanería», por Fernández Ferrería; «Origen y dignidad de la caza», por Juan Mateos, y el famoso «Arte de la montería y la ballettería», por Martínez del Espinar, entre otros.

Un singular valor nos ofrecen estos libros: el estar escritos al socaire de las leyes clásicas de la cetrería, con una mayor aportación de observaciones cinegéticas vividas por sus autores y reflejadas en sus páginas con fidelísima observación. Ofrecen también la particularidad de estar escritas pensando generalmente en el montero español y brindando a éste los mejores consejos, fruto de la más sabia experiencia.

Estos libros nos demuestran que tenemos un concepto claro, preciso, de lo que debe ser la literatura de este género. Que lo conseguimos, es evidente. Varios de los tratados antes citados son verdaderos modelos de literatura. Este aspecto tan singular de nuestras letras no es extraño; para justificarlo, tenemos que recordar la hora de esplendor creadora que viven las letras hispanas; las disciplinas humanísticas habían llegado al momento

más áureo de su madurez, y ello justifica, pues, que los hombres tuvieran en todas las actividades la formación sabia adecuada para abordar y resolver todos los problemas. Lógico es que actividad tan importante como era la cinegética en nuestra sociedad tuviera las plumas capacitadas para trasladárnoslas en sus tratados.

La caza, como composición decorativa de nuestro arte suntuario. Tapices y cerámicas valiosas. La obra nueva de Goya.

A continuación entramos en una de las salas donde se nos muestra con esplendidez el sentido suntuario y decorativo que tuvo las composiciones de caza en el ajuar español. ¿Qué origina esta opulencia? Sin duda, lo afín que era el deporte con el señorío hispano. Esta suntuosidad comienza por manifestarse con las adquisiciones de cuadros con escenas de caza de pintores extranjeros —flamencos, principalmente—. Nuestro Museo del Prado posee una valiosa colección de lienzos de este género. En la presente exposición figuran algunos de ellos, pertenecientes a dicho Museo.

Reparamos, primeramente, en las valiosas pinturas que figuran en las salas II y III a modo de documentada introducción. La afinidad se amplía inusitadamente, en cuanto a cuadros de este género, en las salas IV, V, VI y VII, por las que vamos a pasar rápidamente. Veamos, primeramente, las que figuran en ellas. Las mismas constituyeron un día los índices más altos de la cultura artística española; pues es de notar que mientras nuestro arte de los siglos XVII y XVIII, repite, manidamente, la composición religiosa, esta pintura con escenas de caza y «Despensas» que atesora el Museo del Prado, era algo así como una fiesta de color y abundancia espléndida, que reflejaba el más grato y amplio sentido del vivir.

Al mismo tiempo que llegaban estos lienzos, reflejos de una gran hora europea, eran traídos también a España por las mejores casas de nuestra sociedad, los cuadros con asuntos de caza para decorar comedores y salones. Ellos nos ofrecen con frecuencia

una particularidad; esta es mostrarnos cómo muchos pintores extranjeros, para servir a la clientela española, se adaptan a la interpretación del asunto de caza con un realismo muy español. Por ejemplo, el pintor de Amberes, Peter Snayers, pinta su «Cacería de Felipe IV» al modo de los españoles. Igual pudiéramos decir del cuadro «Montería», de Carlos Francisco de la Traverse, el discípulo de Boucher, que residió en Madrid y fué profesor de nuestro fino Luis Paret. Los pintores extranjeros que interpretan la composición de caza al estilo español, son numerosos.

A continuación solicita nuestro interés otro aspecto de lo sunuario que recoge escenas de caza. Ninguno le supera en riqueza decorativa a la tapicería. Vamos a destacar algunas de estas obras. Valiosos, en extremo, son los dos tapices que figuran en la sala IV, bordados en seda, pertenecientes a la serie con la historia de Diana, que fueron tejidos en Bruselas para la Archiduquesa Isabel Clara Eugenia; valiosísimo es también el tapiz tejido por Gobelinos, perteneciente a la serie de «Los meses», tejido por orden de Luis XIV. Obra singular es esta por la serie de valiosas colaboraciones que asocia; el cartón para la misma fué pintado por Le Brum; la arquitectura fué trazada por Augier; Yvan concibió las figuras y las telas que las visten; Monnoyer, agrupó las flores; los bejos paisajes que le sirven de fondo, son obra de Van der Meulen.

Otro tapiz de interés singular y valioso, por cuanto tiene su composición de española y su manufactura posiblemente también, es el que decora la sala VII. Representa una escena de la segunda parte, capítulo XXXIV, de «Don Quijote de la Mancha». La escena es la siguiente: Invitado Don Quijote por la Duquesa a una montería, ante la acometida de un jabalí que amenaza a la dama, Don Quijote se adelanta a la Duquesa esgrimiendo un venablo para librar a aquélla del peligro que corre. El cartón es de un artista francés y el tapiz fué hecho, seguramente, en la fábrica de Santa Bárbara.

El máximo interés de la tapicería con asuntos de caza ronda cerca; está representada con los que se tejieran con los cartones de

Goya; en la sala VII podemos admirar «Cazadores», «Rebaño y lobos» y «Perros atraillados», tejidos en la Real Fábrica de Tapices.

Uno de los aspectos más originales de esta obra es, sin duda, ver cómo Goya se intuye también en lo genuinamente señorial español, y crea este nuevo e interesante aspecto de la pintura. Pero artista tan sabio, tan genial, cuando aborda los cartones para la tapicería no lo hace como los segundones Bayeu y otros pintores de la época; tampoco le parece bien imitar a los artistas flamencos y franceses, cuyas obras antes admiramos, sino que tiende a una concepción suntuosa que refleja los más varios aspectos del rico ajuar español; la cerámica, por ejemplo, entre ellos.

Para manifestar esta concepción no hay un género suntuario que se le iguale a la tapicería, y de ahí nacen esa serie de ricos tejidos con asuntos de caza. Los de Goya difieren por completo de toda la obra antes citada. Goya refleja en ella la concepción opulenta más rica y personal; nada de fabulismo al estilo ilustrativo que tuvieron las tapicerías francesas y flamencas; los cartones que pinta Goya para los tapices son escenas a pleno color, como brillantes estampas tejidas que aportan un nuevo concepto a la tapicería de todos los pueblos del mundo de aquella hora. Goya se pudiera afirmar que abre y cierra una nueva escuela de tapicería genuinamente española.

¿Es Goya también el último gran pintor español dotado de capacidad para crear obra tan singular? Así parece. Desde que el genial pintor de Fuendetodos deja de existir puede decirse que los telares de tapicería españoles viven de la mera reproducción de aquellas obras, bien de copias un tanto artesanas.

Otra de las obras suntuarias de los siglos XVII y XVIII es la cerámica. La esplendidez renacentista italiana y la no menos barroca francesa, llegan a los alfares españoles de Talavera, Puente del Arzobispo y Alcora. Estos recogen la riqueza decorativa de aquellas cerámicas, y bajo su inspiración componen escenas de caza. Pocas obras de este género de mayor esplendidez que las piezas que figuran en las vitrinas de la sala IV, donde se exponen las que perte-

necen al Museo Arqueológico Nacional. Nada más rico que el gran cuenco, de Talavera, siglo XVII, de loza barnizada en blanco y con policromada escena de montería que representa la caza de un jabalí; enriquece esta composición una orla con seis árboles, con tres ciervos y tres gacelas. De Puente del Arzobispo podemos admirar un magnífico plato hondo, esmaltado en blanco y policromado, con gacela y perro entre árboles. La misma riqueza renacentista se repite en todas las piezas de este alfar.

Interesante, asimismo, la bandeja de cerámica dieciochesca, de Alcora, que, en unión de otras piezas de la misma manufactura, podemos ver en las vitrinas. En esta cerámica se quiebra un tanto la correcta decoración francesa para dejar paso a los asuntos de montería. En ellas es frecuente ver reproducidas las que se deben a Antonio Infesta, el célebre pintor y grabador de asuntos de caza que naciera en Florencia en 1555.

Esta obra nos muestra, una vez más, cómo lo español logra transformar el arte extraño; sigue, pues, vigente nuestro señorío; el mismo no pierde oportunidad para manifestarse. Junto a esta valiosa colección de cerámicas hay infinidad de muebles y útiles del hogar español, en donde con el bronce, el marfil o el cristal hacen nuestros artistas y artesanos las más variadas ofrendas al tema de la caza.

La caza en las artes modernas.

El magnífico documental de historia, arte y trofeos que representan las salas antes visitadas se complementan abarcando hasta la última hora del presente día con todo aquello de la plástica española que tiene una relación con la caza. En ello está incurra la escultura, la pintura y el grabado.

Pero, ¿tiene nuestro arte actual un concepto de lo que debe ser la obra sobre temas de caza? Creemos que no. Esta es obra que termina con el romanticismo, con la influencia de los cuadros de caza que pintaran Boucher, Van Falen, Courber y Delacroix. La influencia que ejercieran éstos queda oscurecida por com-

pleto durante más de un siglo en nuestra pintura. Todo lo que se hace —grabados y esculturas decorativas, principalmente—, son meras reproducciones de las francesas e inglesas. ¿Qué origina esta crisis? Seguramente, la pérdida de la preponderancia de las grandes casas españolas, anuladas en su expansión suntuaria por los nuevos imperativos económicos.

Pero esto no fué lo suficiente, ni mucho menos, para anular la caza; ésta, entonces, vino a ser cultivada por otras clases sociales; se hizo más deportiva y la misma adquirió el sentido de señorío popular que tiene hoy. Las gentes que hoy cazan no tienen, pues, castillos ni palacios que decorar; sus pisos, por espléndidos que sean, no admiten grandes tapices ni cuadros como los que eran frecuentes en el ajuar hogareño de otras épocas. Y al cesar esta clase de encargos suntuosos, cesaron, naturalmente, el cultivo del tema de cacerías en la producción de nuestros artistas, antes tan familiarizados en esta clase de composiciones.

Pero esto no quiere decir que nuestros pintores, principalmente, no estuvieran capacitados, por intuición muchas veces, para hacer obras de esta naturaleza. Las salas dedicadas a la caza en las artes modernas, nos lo prueban.

Se podrá decir que las composiciones sobre venatoria que figuran en las salas del Museo de Arte Moderno carecen del concepto de lo suntuario que tuvieron las de la pintura de ayer: las de Pablo de Vos, Snyders, Beel, Wouwerman y tantos otros extranjeros; tampoco el sobrio señorío que tuvieron los lienzos de este género pintados por Velázquez, Murillo y Juan Baustista del Mazo; conformes. Pero no hay que olvidar que de la caza de ayer a la de hoy media un abismo; su democratización disipó en muchas ocasiones las mejores esencias de su señorío. Nuestros plásticos, por tanto, al pintar o esculpir hoy estos asuntos, lo hacen como una manifestación más de su capacidad y de su cultura.

Este sentido, no otro, tiene la pintura y la escultura española que figura en la Exposición de la Caza en el Arte. En el gran patio del Museo donde se exponen los trofeos podemos admirar obras escultóricas de Luis Benedito y del conde de Yebes; la obra del

primero es la del escultor profundo observador de la vida de las reses mayores de caza; sus ciervos, lobos, capras hispánicas, son bronce o piedras llenas de vitalidad; las reses de las mismas especies que modela el conde de Yebes, es la obra de la intuición artística que salva lo formativo plástico para dar la más racial impresión de vida.

Cosa distinta es, en cambio, la aportación de pintura que figuran en el certamen. Hay en el Museo de Arte Moderno una pequeña sala que sirve como de puente, en cuanto a pintura de caza, entre el ayer y el hoy. Allí están representados Luis de la Cruz, Eugenio Lucas, Mariano Fortuny y Domingo Marqués, pintores ilustres del siglo XIX que tiene de las pinturas de asuntos de caza la más romántica concepción.

Después, en la galería que da acceso a la gran sala del Museo, podemos ver lienzos con asuntos de caza del más vario interés y valor pictórico; estos están firmados por el conde de Aguiar, Abelardo Corvarsí, Soria Aedo, Agustín Segura, Benjamín Palencia, Pellicer, Enrique Segura, Pedro Calvet, Miguel Angel Conradi, Madrid Robert, Vilaroig, Sánchez Dalp y Marañón, López Montesterín y Luis Mosquera.

La sala grande del Museo nos ofrece el más espléndido logro de la pintura de caza de nuestros días. En ella podemos ver notas nuevas tan originales como el «Hachero con lince», de Vázquez Díaz; el sobrio y racial «Guara», de Eugenio Hermoso; el fino retrato de Ramón Cass, y el apunte genial de Sorolla para un retrato de cazador del rey Don Alfonso XIII. Estas obras, valiosas piezas del mosaico de la pintura de caza moderna, vienen a destacar la importancia que tiene la obra de Manuel Bedito, del que figuran 45 lienzos con distintos asuntos de la cetrería.

¿Es esta la obra más personal de dicho artista? ¿Cuál otra se le puede comparar, tanto por la variedad de estudios y temas como por su riqueza de color? No encontramos ninguna otra. Ella nos hace sentir hoy la suntuosidad que tuviera la vida señorial de ayer. Para hablar con la extensión que se merece de esta obra de Bene-



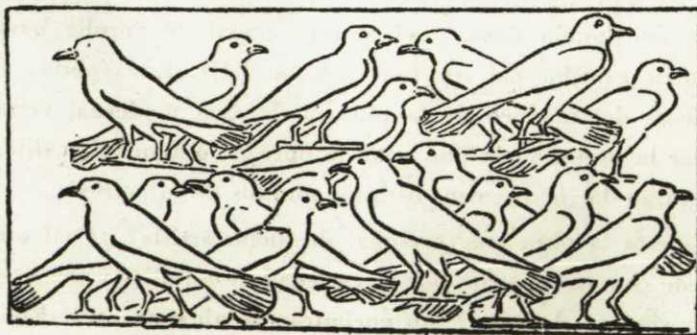
dito se necesitaría un libro, que, acaso, no tarde mucho en ver la luz.

Valiosa también la obra de don Fernando Alvarez de Sotomayor; entre los tres retratos que del mismo se exponen en la sala principal destaca el de la duquesa de Montoro con traje de caza, espléndido lienzo, donde se hace presente la concepción del señorío que tiene el pincel del ilustre pintor gallego.

En todas estas obras palpita lo español, lo genuino hispano; ellas nos impresionan más que como cuadros de caza propiamente, como los cartones para tapices que pintara Goya ayer; igual riqueza de color tienen unos y otras composiciones. Nada probaría mejor nuestro aserto que el poder ver trasladados muchos de estos lienzos a la tapicería.

* * *

Apenas hemos trazado un bosquejo histórico y crítico que nos dé a conocer la trascendencia que tuvo en España el afán primario de la caza y las cuartillas se amontonan. Es preciso poner hoy punto al mismo. El tema sigue interesándonos por cuanto encierra de entraña española. ¡Qué bello libro se puede escribir ampliando los estudios y conceptos que tan brevemente hemos expuesto, reflejando nuestras sugerencias ante la visita a dicha exposición!



IV CONGRESO NACIONAL DE CATECISMO



El Ministro de Educación Nacional pronunció un trascendental discurso en la sesión de clausura.

Ningún Estado ha sido más consecuente que el nuestro con la fe que profesa, afirmó el Sr. Ibáñez Martín.

En todos los campos de la vida escolar se ha hecho presente la acción tutelar del Estado en defensa y protección de la enseñanza religiosa, proclamó el Ministro en su discurso.

EL Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, clausuró, con un trascendental discurso en la mañana del domingo, 25 de junio de 1950, el IV Congreso Nacional de Catecismo, reunido en Valencia. Celebróse la sesión de clausura en la Catedral, cuyas naves ocupaban los 3.500 assembleístas y numerosos fieles. Con el Sr. Ibáñez Martín, que ostentaba la representación del Jefe del Estado, ocuparon sitios de honor en la presidencia el arzobispo de la ciudad, doctor Olaechea, los obispos de Oviedo, Sigüenza, Segovia, Astorga, Ibiza y Segorbe y las autoridades de Valencia.

Discurso del Ministro

El honor que tan generosamente me dispensáis, al consentir que mi voz resuene entre vosotros, o para expresarlo con la oportuna precisión etimológica, al aceptar que yo «catequice» también en este solemnisimo acto de clausura, a la vez que conmueve mi alma de cristiano, consciente de la significación y hondura del magno

Congreso que finaliza, me infunde un más claro sentido de responsabilidad, ya que por razón del cargo que ostento, he de asumir la representación de la más alta jerarquía del Estado para adherirme a vuestros propósitos y decisiones y para proclamar sin rubor, cual cumple a un Ministro de un cometido de nuestra enseñanza, y ningún objetivo de nuestra ciencia sobrepuja en calidad para la formación del auténtico hombre español, a esta nobilísima pedagogía del catecismo, tan certeramente definido por el Pontífice reinante como «código de la verdad traída por el Divino Redentor, del cielo a la tierra, para sublimarnos en el bien». Y puesto que «la palabra de la fe es un velo de la verdad divina que cubre el fulgor de los secretos de la eterna sabiduría, entrevistos en resplandores de relámpagos, cual fuentes de toda belleza», el simple catecismo, como «palabra de la revelación, dice la verdad de Dios».

Rendidos ante esta excelsa verdad, ¿cómo no hemos de empezar proclamando que nuestro Estado, para quien su propia firmeza y prosperidad pende del carácter cristiano de sus súbditos, se asocia sin reservas a esta esperanzadora cruzada catequística que la Iglesia española anuncia y promueve en este Congreso, desenvuelto de modo admirable por la feliz iniciativa del arzobispo de Valencia, émulo en el celo apostólico de aquellos gloriosos prelados valentinos de nuestro Siglo de Oro, y en el que colaboran insignes arzobispos y obispos, que forman la Comisión metropolitana de enseñanza, y tantas y tan esclarecidas representaciones del clero secular y regular y de todo el solar patrio, además de un grupo selectísimo de seglares, con el elevado espíritu que dimana de las conclusiones y el afán de una renovada y vigorosa organización catequística nacional que fertilice la vida cristiana de nuestro pueblo?

Dos afirmaciones sobre la enseñanza religiosa

Aparte de esta preliminar y fundamental declaración, yo tengo el deber de dejar constancia en este acto de dos afirmaciones respecto a la enseñanza religiosa, que si bien están en el ánimo de



todos, importa mucho recalcar en la hora presente. Es la primera que el nuevo Estado español, desde que terminó felizmente la Cruzada, ha cumplido con absoluta fidelidad su programa de restauración de la enseñanza católica en todos sus grados, abriendo los horizontes para la plena actuación de la Iglesia en su labor apostólica y catequística. Es la segunda que si bien se han trazado los cauces en cuanto al Estado compete, no se han alcanzado ni con mucho los resultados apetecidos, por lo que son varios e importantes los dictados de la experiencia para lograr una mayor y más amplia eficacia de la acción catequística en los centros docentes, tanto públicos como privados.

El Estado español y la enseñanza religiosa

Cuando aun las tareas de nuestra guerra liberadora apenas dejaban margen para el estudio y reclusión de otros problemas urgentes, ya el nuevo Estado que nacía en los campos de batalla se preocupaba de recristianizar la cultura nacional. Fué entonces cuando volvió a presidir la enseñanza primaria la santa enseña de la Redención y cuando se empezó a instaurar en la escuela un programa de educación católica. La efigie de la Inmaculada Concepción, el rezo del santo rosario, el mes de las Flores, el saludo tradicional del «Ave María Purísima», fueron los primeros eslabones de esa cadena de actividades religiosas que se establecieron preceptivamente en las escuelas nacionales por otras tantas circulares de la Dirección General de Primera Enseñanza. A ellas siguieron otras medidas semejantes que nos fueron devolviendo sucesivamente la restauración de las fiestas religiosas, al institución en el día de la Exaltación de la Santa Cruz de la conmemoración de los mártires de la escuela católica, la asistencia dominical a la santa misa y la enseñanza del catecismo, declarada por la victoria sobre los enemigos de nuestra fe, fueron acrecentando aún más todavía esta tutela religiosa de la escuela española. Se expurgaron los libros escolares, se estipularon programas de riguroso espíritu cristiano, se purificó y depuró el Magisterio, se exaltaron los valores de la tra-

dición católica hispánica y de los grandes pedagogos contemporáneos, se abolió la legislación sectaria de la República que despojó inicuaamente del derecho a enseñanza a todas las congregaciones religiosas, y se inició, ya en el primer presupuesto de la paz, la ininterrumpida política de las subvenciones a los colegios y escuelas privadas de carácter católico. A la par se restauraba la enseñanza religiosa en las Escuelas Normales y se preparaba el ambiente de la enseñanza elemental para la gran transformación que había de sufrir en la etapa culminada el 17 de julio de 1945, fecha en que el Caudillo de España promulgaba solemnemente la nueva ley de Educación Primaria.

Todo el mundo sabe que en el estudio y redacción de aquella ley tuvieron participación señaladísima sobresalientes figuras de la Iglesia. Y nadie que haya analizado uno a uno sus artículos podrá negar lo que yo tuve el honor de afirmar ante las Cortes al presentar el proyecto para su sanción, a saber: «que no hay Código, ni Concordato, ni legislación escolar alguna de cuantas se han dictado en los países civilizados modernos durante los últimos cien años, que aventaje, por su fidelidad a la doctrina católica, a la ley de Educación Primaria» que en aquella fecha se sometía a la decisión de las Cortes. Y es que la ley —conviene repetirlo una y muchas veces— cubría todas las exigencias doctrinales de la Iglesia en esta materia. La enseñanza de la religión en la escuela, la formación religiosa del maestro, el espíritu cristiano inspirando todas las disciplinas, la Iglesia vigilando la función docente de todos los centros públicos y privados en cuanto guarda relación con la fe y las costumbres, la perfecta inteligencia del maestro con el párroco en la acción apostólica escolar, la ayuda económica del Estado a todas las escuelas de la Iglesia en que se dé enseñanza gratuita, la institución de la fiesta de Jesús, Maestro y modelo de educación, eran pruebas incommovibles de la colaboración plena del Estado español al ejercicio de los sagrados derechos docentes de la Iglesia. Pero aun había más. En el preámbulo de la ley consiguientemente en su texto, se declaraba de manera terminante: «De conformidad con los principios del Derecho Canónico vigen-

te, se reconoce a la Iglesia el derecho que de modo supereminente, y al margen de toda potestad terrena, le corresponde para la educación por títulos de orden sobrenatural, y la facultad que le compete, cumulativamente con el Estado, de fundar escuelas de cualquier grado, y por tanto, primarias y del magisterio, con carácter de públicas, en armonía con la naturaleza jurídica de la Iglesia como sociedad perfecta y sobrenatural.»

Crecimiento de las escuelas religiosas

Esta legislación primordial ha ido desarrollándose en el último lustro transcurrido con una lógica evidente. Yo quisiera tan sólo llamaros la atención sobre el crecimiento de las escuelas primarias regidas por religiosos, que se acercan a 3.000 en las últimas estadísticas, y cuyo número de clases pasa de once millares, con una cifra global de 451.440 alumnos de ambos sexos, un total de más de 100 Congregaciones religiosas docentes y 11.790 religiosos dedicados a la enseñanza primaria. Como quisiera recordaros también las 22 escuelas preparatorias que el Estado ha creado para los Seminarios, con 31 secciones, o el aumento considerable de las subvenciones a escuelas privadas enteramente gratuitas, que sustituyen a escuelas nacionales, y que arrojan la cifra de 15 millones de pesetas, y aun a trueque de hacer interminable la enumeración, aludir a las 27 escuelas del Magisterio de la Iglesia que ya funcionan en España con la máxima libertad y plenitud de reconocimiento por parte del Estado. Encuadrando este panorama de protección a la enseñanza religiosa, está el ambiente íntimo de la escuela estatal, que ya, por fortuna, proclama una cristianización efectiva. Los datos oficiales de las inspecciones acusan este perfil general de actividades religiosas en las escuelas del Estado. Por saludo, el Ave María Purísima; por insignia, el crucifijo; por himno, un cántico religioso. Como entidades catequísticas y apostólicas que van arraigando en la escuela nacional, mencionan a la Santa Infancia, al Aspirantado de Acción Católica, a los Cruzados Eucarísticos, al Apostolado de la Oración, a las Escolanías y a los

Acolitados. Entre las actividades religiosas diarias y semanales incluyen la oración al comienzo y al final de la jornada escolar, el «Angelus», las visitas al Santísimo, la oración de la Santa Infancia, la lección de catecismo, la sabatina, el santo rosario, el Evangelio dominical y la misa de los domingos. Entre las mensuales o anuales, los primeros viernes, los sacrificios por las intenciones del Pontífice, los primeros sábados, el Día del Papa, el vía crucis, la Semana del Seminario, el mes de las Flores, las primeras comuniones, el Día del Párroco, la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, los ejercicios espirituales, la confirmación, el Domund, el Día de la Madre, la Natividad, los días de precepto, el Día del Obispo, el cumplimiento pascual, las fiestas religiosas y la jornada catequística.

A la vez que la enseñanza primaria era afectada por tan honda y definitiva transformación, en cuyo camino persistimos aún, se alcanzaba programa semejante en el amplio sector de la enseñanza media. Es más, cronológicamente, la primera manifestación legal llegó a ser incluso anterior, ya que el 20 de septiembre de 1938, en plena batalla del Ebro, se promulgaba la ley cuyos resultados están a la vista de todos. La religión adquiere en el nuevo sistema carácter de disciplina obligatoria en los siete cursos de bachillerato, con programas propuestos por la jerarquía eclesiástica, libros que quedan bajo la misma competencia y un Cuerpo de profesores que el Estado crea, pero cuyo nombramiento o cese depende de la exclusiva propuesta de los ordinarios. En otros aspectos, la nueva legislación dió libertad efectiva a la enseñanza de las Congregaciones religiosas mediante el reconocimiento de sus colegios, que hoy día suman ya 418, con un total de más de 60 Congregaciones docentes y un censo escolar que se acerca a la cifra de 100.000 entre alumnos de ambos sexos.

Enseñanzas profesionales y artísticas

El mismo espíritu cristiano se ha hecho extensivo al campo de la enseñanza profesional y técnica y a las enseñanzas artísticas de

Escuelas de Bellas Artes y Conservatorios de Música. Porque no sólo se declaró por decreto del 29 de septiembre de 1944 obligatoria la enseñanza de la religión en todos los establecimientos docentes de la Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica, como anteriormente se había hecho en los de Bellas Artes, con la creación del profesorado consiguiente, a semejanza del sistema instaurado para los estudios medios, sino que se fomentó en cuanto fué posible el desarrollo de la formación profesional obrera, a cargo casi exclusivamente de las Ordenes religiosas en el aspecto privado. Asimismo se ha otorgado validez académica oficial a los estudios medios cursados en centros de formación profesional dirigidos por religiosos, entre ellos, en este aspecto, el Instituto Católico de Artes e Industrias de Madrid, modelo en su género. Por si fuera poco, cuatro millones de pesetas se destinan anualmente al pago de subvenciones a diversos centros privados de formación profesional, regidos todos ellos por Ordenes y Congregaciones religiosas.

No surge en España, señores congresistas, intento creador de centros escolares o de nuevas instituciones docentes que no lleven aparejada la tutela de la enseñanza religiosa. Así, sin ir más lejos, la ley del 16 de julio de 1949, que instauró la modalidad de la enseñanza media y profesional, abarcó también como preceptivo el estudio de la religión y el compromiso por parte del Estado de un nuevo Cuerpo de educadores sometidos a la propuesta eclesiástica.

¿Y qué diré de la enseñanza superior, si está en la mente de todos la ley de Ordenación de la Universidad española, promulgada el 29 de julio de 1943, en cuyo preámbulo y en cuyo texto se proclama el carácter fundamental católico de la educación universitaria y se afirma que: «Todas las actividades habrán de tener como guía supremo el dogma y la moral cristiana y lo establecido por los sagrados cánones respecto a la enseñanza.» De estos principios dimanó el decreto del 26 de enero de 1944, por el que se establecieron en cada Facultad cuatro cursos obligatorios de Religión, se creó la figura de director de formación religiosa y un

Cuerpo de profesores universitarios, propuestos por la jerarquía y nombrados por el Estado, que hoy pasan del medio centenar. A la vez se instituían los Colegios Mayores, dotados de capillas y de directores espirituales, con lo que se abría un ancho cauce a la acción apostólica en el campo universitario.

Halagüeño conjunto de disposiciones legislativas

Todo este conjunto de disposiciones legislativas, de hechos y actividades del Estado español, entre las que aun habría que aludir a la cristianización de la alta investigación científica, no sólo con la creación de la Iglesia del Espíritu Santo y la declaración del patronazgo de San Isidoro, sino con la fundación de los Institutos de Teología, Historia Eclesiástica, Misionología y Derecho Canónico, comprueba, con el lenguaje inequívoco de las realidades, que ha sido puesta en práctica la doctrina de la Iglesia en el orden docente, tal como la prescribe en su encíclica «*Divini Illius magistri*», del inmortal Pontífice Pío XI. En algunos aspectos de nuestra legislación, por no decir en todos, cabe incluso afirmar —no importe recalcarlo de nuevo— que ningún país del mundo como España ha sentido y realizado de más irreprochable manera esta doctrina precisa, que en esencia no viene a ser sino la aplicación del canon 1.322, donde se declara que «la Iglesia, con absoluta independencia de cualquier potestad civil, tiene el derecho y el deber de enseñar a todas las gentes la doctrina evangélica, y todos, por ley divina, están obligados a aprenderla debidamente y a abrazar la verdadera Iglesia de Dios».

Ningún Estado ha sido más consecuente que el nuestro con la fe que profesa, y la legislación docente en todos sus grados constituye la mejor apología. Porque estamos convencidos de que «la escuela, si no es templo, es guarida», hemos procurado en estos años de renovación nacional proteger con las leyes el derecho anterior de la familia a la educación cristiana de la prole, y por consiguiente, respetar el derecho sobrenatural de la Iglesia sobre

tal educación. La simple ojeada a los temas de este IV Congreso Catequístico demuestra que en todos los campos de la vida escolar, desde las escuelas parroquiales, elementales y del Magisterio hasta la enseñanza en el propio Ejército español, pasando previamente por colegios e institutos, escuelas técnicas y profesionales y por las propias Universidades y Centros superiores de cultura, se ha hecho presente la acción tutelar del Estado en defensa y protección de la enseñanza religiosa.

A nadie se oculta, pues, que hoy día no sólo en las instituciones privadas, sino en las que el propio Estado ha creado y dirige, tiene la Iglesia las puertas de la instrucción moral y religiosa en sus manos, con la misma libertad de movimientos que en sus propias escuelas y centros docentes. Hemos sentido, en una palabra, el espíritu de la catequesis en sus más amplio sentido de obra de educación religiosa integral, que toma de la mano al niño en la escuela elemental y lo conduce, en ambiente de formación religiosa, hasta las aulas universitarias y las escuelas superiores y especiales, abundando en aquel pleno concepto de Pío X en la «Acerbo nimis»: «Al decir pueblo cristiano —afirmaba el Pontífice— no nos referimos solamente a la plebe o a las clases inferiores, sino que también, y principalmente, hablamos de aquellos a quienes no falta entendimiento ni cultura y hasta se hallan adornados de profana erudición.»

Problemas fundamentales de nuestra Pedagogía catequística

Con esta breve y somera exposición y exégesis de la labor del Estado en lo que he llamado en otro lugar recristianización de la cultura española, daría por terminada mi intervención en este acto si no me creyera obligado en espíritu de estricta colaboración a plantear aquí otra serie de consideraciones críticas sobre lo que ha sido íntimamente en nuestra Patria esta enseñanza religiosa y a sugerir posibilidades de mejoramiento para el futuro.

Dos lustros de experiencia —y quiero referirme principalmente a los centros estatales— me han hecho pensar, ante todo, en la

necesidad de que sea mejorada entre nosotros la orientación científica de la Pedagogía de la religión. Para nadie es un secreto que si la catequesis responde a un más amplio concepto en cuanto disciplina y, por tanto, no puede identificarse con la Pedagogía religiosa, ha de valerse, sin embargo, de ésta como instrumento vital. De aquella primitiva época evangélica, en que la catequesis se definió, según su mismo nombre helénico indica, como enseñanza simple de viva voz, a los tiempos modernos, la Pedagogía ha evolucionado de tal manera que hoy no es posible hablar de catequesis sin pensar en una ciencia pedagógica normativa, apoyada sobre fundamentos de historia, de conocimientos de actualidades y de psicología de la educación religiosa, en plan de posición crítica, partiendo de la exposición de la religiosidad y moralidad auténticas y avanzando hacia el desarrollo de las normas y principios del deber. Mas no se crea que esta orientación científica significa una mera concepción de la enseñanza religiosa en sí, teórica y fría. En España ha de resultar forzosamente vana toda pedagogía de este tipo, no articulada con la vida religiosa, que se ofrece de un modo propio y particular para cada edad del sujeto de la educación. Por eso, entre nosotros, la religión en el campo docente ha de concebirse no sólo como sistema instructivo en que el caudal religioso de cultura viene a ser una expresión fija, desde el punto de vista de la pedagogía de los valores, sino como un principio vital, como una devoción firmemente sentida, que sea vehículo de los más diversos valores religiosos parciales. Queremos instalar en nuestros escolares una constitución espiritual, suma de actividades, criterios y mentalidades, que les permita organizar por sí mismos homogéneamente su futura vida religiosa y concentrada en Dios.

Nuestras conquistas metodológicas

Tal propósito supone ciertamente la unificación y armonización de todo el sistema educativo religioso en torno a tan inexcusable finalidad, abarcando los métodos, los medios pedagógicos y los procedimientos docentes. Verdad es —y la historia de la pedagogía es-

pañola lo testimonia de manera ejemplar— que son muchas y esclarecidas nuestras conquistas metodológicas, que nos sobran experiencias tradicionales y que en la práctica muchas veces nuestro brío personal suple la formación pedagógica científica. Pero no es lo mejor —y ahí está el modelo vivo de otros países del mundo en la época moderna—, que en modo alguno resultan tan despreciables los progresos positivos de la ciencia de la educación y que a ellos, por tanto, han de adaptarse nuestros métodos, porque se quiera o no, el sujeto de la educación es siempre el niño o el adolescente, al que nunca puede tratarse como un adulto en miniatura, sino como un ente psicológico de evolución, definida por períodos o épocas, en función del desarrollo mental o físico, a los que hay irremisiblemente que atenerse en la técnica metodológica. ¡Desdichada la enseñanza que no sabe aplicar a la edad más tierna los principios de la ley de reacción de los actos externos sobre los internos, o que no percibe en el espíritu infantil el momento de la época de la imitación para utilizar por razones de eficacia más las acciones religiosas que las fórmulas abstractas de la doctrina, o que en la época tan importante de instauración en sujeto educativo del yo consciente de la propia fuerza no se apresure a producir la síntesis o construcción interior del pensamiento religioso! Y nada digamos de los medios pedagógicos en los que no cabe renunciar nunca a la participación activa en los hábitos, recurriendo a las manifestaciones auténticas de religiosidad en sus variados aspectos, como la acción, la palabra, la imagen y el tono, reduciendo al mínimo la materia memorística y acudiendo a los valores de orientación, como rezos, cánticos y ocupaciones religiosas.

Urge, sí, renovarlo todo. No deben quedar excluidos de esta renovación los programas, acaso demasiados amplios y difusos, con centrados tan sólo en el afán de agotar la teoría, y los libros que por adaptarse a aquéllos no han sido, precisamente, salvo honrosas excepciones, ni claros, ni útiles, ni eficaces. Y aun añadamos también el procedimiento pedagógico de cursos cíclicos demasiado extensos, con menoscabo de su valor intensivo, y los horarios de

clases desproporcionados por el propósito de abarcar los programas cargados de teoría.

Bien sé que toda esta tarea no compete fundamentalmente al Estado y que en ella la Iglesia tiene la última palabra. Y sé también que, percatada de esta exigencia, no necesita de mayores estímulos para acometer denodadamente, con el celo ejemplar que la caracteriza y del que es gallarda muestra este Congreso Catequístico, una activa campaña reformatora por virtud de la cual adquiera más eficacia la labor educativa religiosa en los centros del Estado. Pero sí aprovecho la oportunidad para afirmar públicamente que en este camino renovador de la pedagogía catequística, en esta readaptación de programas, métodos, libros y procedimientos, no ha de faltarle nunca la asistencia, la protección, la colaboración amplísima de un Estado que por sentirse llamarse católico no recusa ninguno de sus deberes morales y para quien la enseñanza religiosa es materia de bien común espiritual de sus ciudadanos.

Aun me resta el problema mayor y más grave de cuantos nos plantea la experiencia de los últimos años en orden a la enseñanza de la religión en los centros del Estado. Me refiero a la formación y al espíritu de los profesores de religión.

Vocación profesional del educador

Ser catequista es mucho más difícil de lo que a los espíritus inconsiderados puede parecer. Recordemos las palabras de Pío X: «Nadie —decía— en razón de esta misma sencillez que conviene observar, se imagine que la enseñanza catequística no requiere trabajo de meditación. Por el contrario, los exige mayores que ninguna otra. Es más fácil hallar un orador que hable con abundancia y brillantez que un catequista cuyas explicaciones merezcan en todo alabanza... Cuanto mayor sea la incultura del auditorio, mayor celo y cuidado se requieren para acomodar la explicación de las verdades más sublimes a la débil comprensión de los ignorantes, que no menos que los sabios necesitan conocerlas para alcan-

zar la eterna bienaventuranza.» Estas palabras del Pontífice en la «Acerbo nimis» nos hacen reflexionar sobre el arduo problema de las condiciones que ha de reunir el profesorado de religión. El catequista ha de cumplir, ante todo, con su vocación profesional de educador, instruyendo y formando en el más cabal sentido de la palabra. La dificultad de esa misión educadora estriba, tanto en la parte instructiva religiosa, en la que el misterio y las verdades superiores y abstractas que forman el contenido doctrinal de la religión son difíciles de revestir de formas imaginativas, al alcance del niño o del ignorante, sin peligro de deformarlas en su inteligencia, como por parte de los propios alumnos, en los que resulta penoso grabar eficaz y permanentemente aquel esquema perfecto y constante de normas e ideas que constituyen el alma de la educación. El espíritu infantil es susceptible de remover, como las tierras arenosas, pero también como ellas fácilmente se remueve merced a cualquier influjo exterior. A la vista de estas dificultades se comprende que pueda aplicarse al catequista la frase del Nacianceno, quien califica a la obra educadora de «arte de las artes y ciencia de las ciencias». Porque arte, y mucha, en los métodos y experiencias y ciencia, y no común, necesitan los formadores que luchan con lo sublime de la doctrina por una parte y de otra con lo impresionable y movedizo de los escolares.

Pero el catequista, el profesor de religión, es, más que ningún otro, educador y formador, ya que su disciplina no representa un nuevo conocimiento teórico y de adorno cultural, sino que significa vida y orientación de vida. Esta disciplina se trasfunde e inyecta convertida en dogma y moral salvadora. Y para eso hace falta algo más que pura preparación doctrinal teórica. Si todo maestro ha de tener un complejo profesional de prestigio y ascendencia que haga amables los postulados que profesa, mucho más el profesor de religión en los medios juveniles de enseñanza universitaria y especializada. Si el catequista tropieza con la dificultad de la inteligencia del niño y su inconstante impresionabilidad, el profesor de esa juventud se ha de encarar con el afán hipercrítico y de discusión en que se mueve el universitario. La

cultura religiosa superior en las aulas universitarias y escuelas técnicas y especiales como medida de formación católica, aunque logrados algunos frutos, no ha alcanzado los resultados que eran de esperar, y ello por motivos que no son ni la excelencia de la doctrina ni las miras de la ley que establece su enseñanza. Hay un elemento personal que alcanza una influencia decisiva y por lo mismo entraña una grave responsabilidad. Después de diez años de experiencia, reconocamos que el profesor de religión que no «forma», sino simplemente quiere «enseñar» una asignatura más, no llena la misión que la Iglesia que lo propone y el Estado que lo designa le han encomendado. No podemos hacer más que abrir escuelas y pedir catequistas, que abrir universidades y pedir profesores, que abrir cuarteles y academias y pedir capellanes. ¡Tremenda responsabilidad malograr esta oportunidad única! La Iglesia y el Estado pueden exigir a su catequistas, maestros, profesores y capellanes que nos entreguen ciudadanos católicos, puesto que les dimos niños, estudiantes y soldados; una doctrina divina salvadora y una cátedra para educarlos.

Frutos positivos del Congreso

Fácilmente se colige que acaso uno de los frutos más positivos de este Congreso sea tender a la formación del catequista y del profesor de religión. Ha querido la Providencia que perdure largamente mi gestión ministerial, sin duda, para acrisolar datos experimentales y llegar a la firme conclusión que lo que verdaderamente importa en las instituciones son los hombres más que las leyes y los reglamentos. Allí donde existe un hombre en la plenitud del vocablo, esto es, un auténtico espíritu humano, con vocación cierta, con capacidad intelectual y, sobre todo, con voluntad de servicio, la institución, inexorablemente, florece y perdura. En la contextura del catequista y profesor de religión, yo coincidí absolutamente con la fisonomía que lo designa de manera simple, pero cargada de experiencia, la nunca envejecida pedagogía manjoniana. Ha de poseer, es verdad, una ciencia amplia, segura, pro-

funda, para que pueda ser práctica y clara. Ha de estar adornada de un depurado arte pedagógico. Pero sobre todo, y aquí radica lo esencial, ha de sentir amor. Amor sobrenatural a sus alumnos, amor del que dimanará su celo, su piedad, su mansedumbre, su paciencia, su sentido de la equidad y de la justicia. Y puesto que catequizar, como también añadía el bueno de don Andrés, es «hacer cristiano de cuerpo entero, empresa más difícil que la de conquistar naciones», hacen falta, en una palabra, apóstoles de la enseñanza católica, escogidos por su vocación, formados con rigor y experimentados en el trato humano con los sujetos de la educación en los diversos grados y edades del proceso educativo.

España extrajo toda la savia de su potencia avasalladora, en el instante de su influjo imperial en los destinos del universo, de su honda tradición educadora católica y de los grandes apóstoles y maestros santos, consagrados en la historia general de la pedagogía, que supieron catequizar a dos mundos. Hagamos honor a esta tradición que nos enorgullece. Y todos, catequistas, maestros, sacerdotes y catedráticos, capellanes y profesores de religión, pongamos por norte de nuestra labor educadora aquel lema del Colegio Mayor de San Bartolomé, de Salamanca: «Establecer un propugnáculo de la religión, una escuela de recta administración de justicia y un seminario político para el gobierno de la república.» «Albergues de Minerva, criaderos de hombres ilustres y castillos roqueros» en la defensa de la fe, como fueron antes nuestras instituciones educativas, debe ser ahora la catequesis, la escuela, la parroquia, el colegio, la universidad. Sólo de este modo España podrá volver a ser otra vez España.»

(Grandes y prolongados aplausos acogieron las últimas palabras del Ministro.)

Discurso del Arzobispo de Valencia

A continuación pronunció unas palabras el arzobispo de Valencia, doctor Olaechea, presidente general del Congreso. Dió las gracias, en el orden religioso, a cuantos contribuyeron con su co-

laboración al mejor éxito del Congreso Catequístico, y en especial a Su Santidad, que ha querido se recogiera el fruto de este año de santificación en una mejor formación religiosa de los niños. En el orden civil, al Caudillo Franco, quien, después de ser artífice de nuestra victoria y conservador de nuestra paz, asume el penoso quehacer de que no sea estéril la sangre de nuestros héroes y de nuestros mártires.

Señaló el profundo sentido católico que informa toda la actuación del Ministerio de Educación Nacional, congratulándose de que nunca ha tenido España para sus Seminarios un apoyo tan decidido como el experimentado en la larga etapa de actuación del señor Ibáñez Martín.

Subrayó después que en ninguna nación del mundo tiene la Iglesia las facilidades que encuentra en España para su augusto magisterio, como en su día hizo constar al Vicario de Jesucristo, destacando la profunda preocupación espiritual que informa a los catequistas españoles en todas las manifestaciones del saber y la colaboración que encuentra en el Estado para su importante labor.

Destacó la importancia de este Congreso, primero que se celebra después de nuestra Cruzada, en el que ha habido más de 400 expositores y se han presentado más de 20.000 trabajos, y espera poder entregar a Su Santidad, en el Congreso internacional que se celebrará en octubre en Roma, la obra en que se compendia todo lo realizado, para que ello, aparte del consuelo que para el Vicario de Cristo representará, se haga presente al mundo entero que todavía es España la célula renovadora del orbe con su rotundo catolicismo.

Por último, dió cuenta de los telegramas de adhesión recibidos del Nuncio apostólico, del Cardenal Primado y del Cardenal Pizzardo, Prefecto de la Congregación de Seminarios, y, por último, de uno del Jefe del Estado español y del Cardenal Montini, transmitiendo la bendición de Su Santidad y su complacencia por la celebración de este Congreso.

Siete comisiones de estudio

Antes de los discursos, el secretario del Congreso, doctor Calatayud, resumió la labor de las siete comisiones de estudio y ponderó la magna exposición catequística, a la que asistieron más de 400 expositores, con 20.000 trabajos. Se refirió a las conclusiones aprobadas en el Congreso, de las que afirmó que forman el más perfecto código de enseñanza religiosa de España y tal vez del mundo.

Como final de los actos del Congreso y del Centenario de San Vicente Ferrer, celebróse, por la tarde, una solemne cabalgata histórica por las principales calles de Valencia, organizada por el Círculo de Bellas Artes. Figuraban en el cortejo, además de centenares de personajes históricos, siete carrozas: la primera, representaba la casa natalicia del Santo y el bautizo de San Vicente; la segunda, uno de sus milagros más populares; la tercera, el Compromiso de Caspe; la cuarta, a San Vicente como profeta en el momento en que predice al joven Alfonso Borja su exaltación al papado; la quinta, el cisma de Aviñón y a San Vicente como pacificador de la cristiandad; la sexta, la Basílica de San Pedro, de Roma, y el castilló de Peñíscola, como símbolo de la unidad principal del cristianismo, y la séptima, el triunfo de la Fe, inspirada en el cuadro de José Benlliure «San Vicente predicando el Juicio Final».



EL INSTITUTO DE ENSEÑANZAS PROFESIO- NALES DE LA MUJER

UN saloncito coquetón ha abierto sus puertas en la calle madrileña de Alberto Aguilera. Instalado con exquisito gusto artístico, ofrece las más variadas muestras del trabajo artesano femenino. Piezas únicas, modelos maestros, de Corte y Confección, de Repujado, de Muñequería, de Encajes y Bordados, de Alfombras y de Labores de Punto. Dos magníficos biombos realzan la instalación, en la que lucen su belleza las soberbias alfombras y los delicados encajes. Tras el cristal asoma en la vitrina el panorama espléndido de un jardín de finales de siglo, poblado de muñecos vestidos a la moda de aquel tiempo. Asombran la formidable expresión de los rostros de los personajes y la propiedad de su indumentaria. Los detalles, hasta los más mínimos, han sido cuidados con rigor clasicista. Porque el lucro y el mercantilismo nada tienen que ver aquí. Sí, y mucho, el afán de aprender, de revalorizar con teoría y práctica, con doctrina y ejercicios, el rico venero de nuestra gloriosa artesanía. Aquí están expuestas para la admiración y la crítica, el aprendizaje y el encomio, las labores realizadas por las alumnas del Instituto de Enseñanzas

Profesionales de la Mujer. Ni un lustro siquiera lleva de existencia el centro, creado por el Ministerio de Educación Nacional, por Decreto de 2 de marzo de 1945, con el triple fin de ser centro de formación del personal docente para las diferentes enseñanzas profesionales de la mujer; ser centro de ensayo para desarrollar técnicamente cuantos temas de actualidad y cuantas proyecciones sobre el futuro envuelva el problema de la formación profesional de la mujer, y orientar didáctica, técnica y artísticamente a los centros de enseñanzas elementales de profesiones femeninas, con el fin de establecer una unidad que enfoque, desde un punto de vista único, la formación profesional de la mujer.

Tales fines, altamente meritorios, llenan sin tópicos de ninguna clase, una labor trascendental en la función educadora del Estado. Porque no sólo se trata de revalorizar nuestra rica artesanía, alejándola de todo lucro industrial, sino que se pretende, además, resolver los múltiples problemas que afectan a la mujer, y, entre ellos, acaso, como el más importante, prepararla para ocupaciones propias de su sexo, con lo cual, además de asegurarle una independencia económica, se le otorga un valor positivo y concreto en la sociedad.

Recógense en la exposición los trabajos del primer grupo de alumnas que acaban de terminar sus estudios en el nuevo Instituto. Porque las enseñanzas tienen, lógicamente, carácter eminentemente práctico, ya que se encaminan a producir un refinamiento y ennoblecimiento de la profesión manual femenina, a elevar el nivel artístico-cultural y social de la mujer y formar su carácter y personalidad por medio de conocimientos útiles y valiosos, y a provocar en las alumnas el constante anhelo hacia lo bueno, lo bello y lo nuevo.

Satisfechos pueden estar los directivos del centro de haber conseguido esta triple finalidad, cuajada ya en las labores expuestas. Todas ellas han sido rigurosamente seleccionadas entre las pruebas finales exigidas a las alumnas al terminar la carrera. Un proyecto y su ejecución y una Memoria, ilustrada con dibujos y fotografías de la especialidad cursada, que son: Corte y Confección,

Labores en Punto, Labores en Cuero, Alfombras y Reposteros, Encajes y Bordados y Juguetería y Muñequería. Además de las enseñanzas de la especialidad seleccionada, las alumnas cursan, obligatoriamente, Dibujo Artístico, Historia de las Artes Decorativas, Religión y Moral, Cultura y Derecho Usual, ya que corre paralelamente la formación cultural, artística y técnica.

Y no es una modalidad contraria a las costumbres tradicionales este movimiento profesional de la mujer española, que alienta, dirige y estimula con el Instituto el Ministerio de Educación Nacional. Se trata de una especializada ampliación de sus primitivas labores, ya que cuanto hoy hace la mujer fuera del hogar lo hizo antiguamente dentro de él, con la diferencia de que entonces la producción doméstica se reducía al consumo de la familia, y hoy alcanza enormes proporciones de cantidad y calidad a favor de los modernos procedimientos establecidos por la mecánica y la química para elaborar con mayor rapidez y abundancia los mismos productos que un tiempo se elaboraban en la casa. Así, pues, la mujer de hoy sigue la corriente del progreso para satisfacer las exigencias de una civilización más próspera y refinada.

Al recoger de la actualidad docente la apertura de la exposición de trabajos realizados por las alumnas del Instituto de Enseñanzas Profesionales de las Mujer, cúmplenos subrayar no sólo la excelencia de las labores presentadas, sino lo que es más importante, el anhelo del Ministerio, convertido ya en realidad feliz de haber iniciado sobre sólidas bases la preparación de la mujer para ocupaciones propias de su sexo, asegurándole, al mismo tiempo, una independencia económica.



NOTAS
DE LIBROS

LOS LIBROS

"URUGUAY, EL BENJAMÍN DE ESPAÑA".

Biografía del más joven y uno de los más pujantes países hispánicos. — Por ERNESTO LA ORDEN. — Ediciones Cultura Hispánica. — Madrid, 1949. 399 páginas.

A lo largo de la lectura de este libro de Ernesto La Orden se aprecian dos cualidades singulares: la información objetiva, rigurosamente histórica, y el interés, la amenidad y la agilidad narrativa, sólo comparable a la del ensayo, pero sin el escollo de éste, que muy a menudo suele ser el falseamiento de la verdad.

La Orden —diplomático y literato en el más amplio sentido de la palabra: poeta, historiador y periodista de sólida formación cultural— ha logrado captar el ambiente, recogiendo los elementos necesarios para mostrarnos esta biografía del Uruguay, que es el fruto de tres años de su permanencia allí como diplomático. «He pasado junto a ti tres años justos —dice el autor—, mirándote día a día, espionando tu genio y escudriñando tu alma, indagando tu pasado y avizorando tu porvenir.»

En esta obra el insobornable cariño de La Orden por esas tierras de origen hispánico se muestra exacto. Exacto en su visión, exacto en su relato. «Hay que ser más amigos de la verdad que de Platón, según reza el viejo aforismo, y esta verídica biografía del Uruguay quedaría irremediablemente frustrada si un amor mal entendido nos llevara a ignorar cualquiera de las realidades uruguayas.»

Con muy cuidado y clásico estilo, el autor se vale en su na-

rración de un artificio de lenguaje, a la manera bíblica, que justo es reconocer no daña la esencia de la obra, aumentando, en cambio, la amenidad al oírla con un cierto matiz novelesco, sin mengua de la más veraz información.

Integran este libro dos partes absolutamente autónomas: la primera, que el autor titula «Historia de Benjamín», recoge la historia externa del país desde su emancipación hasta nuestros días; la segunda, bautizada «Retrato de Benjamín», muestra el carácter y la vida del Uruguay actual.

Historia de Benjamín.

La historia externa de todos los países está generalmente abarrotada de sucesos de gran relieve y sucesos triviales, sin peso ni importancia para el futuro. El éxito del historiador para lograr dar exacto conocimiento de la realidad y del ambiente de cada momento, radica en la forma de exposición, en la inteligente ordenación de los acontecimientos, de los hechos que dan peculiar fisonomía a cada pueblo. Y esto lo ha logrado Ernesto La Orden buceando en el pasado de este país hispanoamericano, a quien le cupo en suerte ser el último de los dados a luz por España en la orilla septentrional del Río de la Plata, allá por los comienzos del siglo XVIII.

Comienza el libro estudiando todo el proceso de la emancipación del Uruguay, cuyo más destacado caudillo fué José Artigas, recia figura uruguaya, aureolada con el penacho de una justa fama de valor, honradez y nobleza. Luego, la intervención de los treinta y tres de Lavalleja y las rivalidades con Argentina, que en unión del Brasil, y gracias a la intervención amistosa de Gran Bretaña como mediadora, concedieron al Uruguay una independencia relativa, cuajada de limitaciones, garantizada por la Convención de la Paz, firmada en Río de Janeiro el año 1828.

Con el ánimo tenso, como en cinematográfica proyección, va uno recorriendo todas las vicisitudes de la primera etapa independiente del Uruguay, desde 1830 a 1875. La injusta guerra contra el Paraguay, esa guerra fratricida, como la califica el autor, sin posible justificación. Más tarde, el período llamado de los dictadores, que comienza con la actuación del coronel Latorre, a quien sustituye don Máximo Santos, y que termina con la dictadura del general Tajes. Luego el cambio que se opera, con predominio de

lo civil frente a lo militar, y la incorporación del hombre de leyes a la vida política, con Herrera y Obes.

La lucha de partidos es estudiada por La Orden con ecuanimidad y precisión. El pugilato político entre Aparicio Saravia y Batle Ordóñez, que sale en definitiva triunfador, nos pone en antecedentes de la realidad política actual. La figura de Batle Ordóñez, la de mayor relieve sin duda del partido colorado, ejerce su influencia política aun después de muerto, y sus consignas son respetadas por sus sucesores, los presidentes Brum, Serrato y Campistegui, que forman lo que el autor califica certeramente de «era batlista», que, interrumpida brevemente por el paréntesis del golpe de estado del doctor Terra y las legislaturas de don Alfredo Baldomir y el doctor Amézaga, vuelve a resurgir en las elecciones de 1942, que dieron el triunfo al candidato batlista doctor Berreta, cuyo pronto fallecimiento dejó paso al actual presidente, don Luis Batle Berres, sobrino del famoso Batle Ordóñez, cuyo mando finalizará en 1950.

Retrato de Benjamín.

En esta segunda parte, para nosotros la más interesante, pues es el producto de la observación directa, estudia La Orden, como testigo *de visu*, la fisonomía y manera de ser del Uruguay actual, con sus virtudes y defectos. Encontramos en ella una honda palpación humana que redobla su interés.

En el Uruguay —país eminentemente ganadero— existe un gran desequilibrio entre la ciudad (Montevideo) y el campo —allí le llaman la campaña—, que viene a ser su víctima. «La tiranía social y política del Uruguay —nos dice el autor—, perfectamente compatible con su democracia constitucional, está ejercida por dos tiranos anónimos: la ganadería y la capital.» Y así, valorando con ecuanimidad los datos, nos pone de relieve cómo la actual situación del Uruguay, en sus varios aspectos, viene determinada por este conflicto feroz entre la ciudad, una de las más bellas de América, y el campo, que, en condiciones sociales poco afortunadas —ni despensa, ni escuelas, ni familias—, vive mal en beneficio exclusivo de aquélla. El campo uruguayo, espiritualmente abandonado y sin las condiciones sociales mínimas, está organizado, desde el punto de vista familiar, sobre el concubinato temporal y el matriarcado, de previsibles consecuencias trágicas a la larga.

En contraste, el panorama cultural es brillante, aunque alguna de sus facetas resulte a veces superficial y se observe lo que el autor califica de «crisis de la cultura universitaria».

Como pontífices máximos en literatura destacan la prócer figura de Zorrilla San Martín y el ecléctico genio de José Enrique Rodó, que son considerados, entre una numerosísima pléyade de literatos, los indiscutidos por su bien ganado prestigio.

Se pone de relieve en la obra la decisiva influencia ejercida por la mujer uruguaya en todos los campos de la cultura, y muy especialmente en el de la poesía, género en el que han sobresalido más de un centenar de ellas.

Quizá lo más impresionante de este libro sean las páginas dedicadas al estudio del catolicismo uruguayo. «El autor de este libro —dice La Orden— ha tenido la desgracia de conocer el Uruguay y de amarlo intensamente en un momento especialmente doloroso para su corazón de católico español.»

En el Uruguay la Iglesia católica está, desgraciadamente, al margen de la vida oficial, existiendo plena libertad de cultos, gran influencia de la masonería y una considerable infiltración protestante. Las posibles causas de esta tibieza religiosa en un país de cuño hispánico son para el autor: de un lado, la tardía colonización del Uruguay, a principios del siglo XVIII, época en que el tradicional fervor misionero español se hallaba muy debilitado; de otro, la intensa penetración extranjera y la gran masa de inmigrantes, que han contribuido a disolver la vieja personalidad uruguaya con una mezcla de sangre e influencias raciales diversas: anglosajonas, germánicas, eslavas y hasta judías.

Pero el drama de los católicos uruguayos no radica, según nos demuestra el autor, en ser minoritarios, sino en estar disminuídos. Su fuerza está debilitada porque está dividida. El jerifalte de este confusionismo entre los católicos de este país hermano es el pensador francés Jacques Maritain, con su tesis de una «Nueva Cristiandad», en la que el Estado renuncia a toda función ministerial en favor de los fines de la Iglesia, a cambio de que la misma Iglesia desista de ejercer toda «tutela» sobre los pueblos, aviniéndose los católicos a reconocer el sufragio universal y la democracia moderna. Y, desgraciadamente, muchos uruguayos comulgan con estas ideas del neoliberalismo católico, para los cuales, como muy bien dice el autor, la actual situación confesional de España es injustamente piedra de escándalo.

Trata después el libro la actuación de los partidos operantes en

la vida política del Uruguay, enmarcada en una democracia relativa, pero pacífica y estable, sustentada sobre la base de los dos partidos tradicionales, «blancos y colorados», que mantienen el equilibrio político del país con un sentido estático y con gran semejanza en su integración. «Se pensará —dice el autor— que los blancos son conservadores y que los colorados son liberales; pero el más ligero estudio de ambos partidos convence de que los dos son mixtos de liberal y conservador», y en ambos hay buenos y malos católicos. Sin embargo, el autor hace constar, en honor a la justicia, la actitud deferente, comprensiva y noble, de los «blancos» frente a la situación española actual.

Y termina el libro con el estudio de las relaciones entre Uruguay, Brasil y Argentina; la tan debatida cuestión del Plata, y el análisis de los sentimientos del Uruguay respecto de la Madre Patria.

Muy sorprendidos hemos quedado al finalizar la lectura de este libro, conociendo la polémica y el descontento que ha originado en algunos sectores de opinión del país hermano, pues si bien es cierto que con la verdad —a veces bien amarga— como norma nos retrata Ernesto La Orden la realidad uruguaya, lo hace con tal ecuanimidad y recta intención, que más bien se hace acreedor de la gratitud de los estudiosos preocupados por todo lo hispanoamericano que de las críticas de aquellos que más bien parece que no lo han leído. Además, la obra rezuma un gran amor al Uruguay, y hasta en el ponderado dolor por el desvío que actualmente mantiene el Uruguay en ciertos aspectos hacia lo hispánico, hay un esperanzador optimismo cuando dice: «Los yerros pasados caerán en el olvido, y un porvenir glorioso se abrirá para España y el Uruguay, íntimamente enlazados en la comprensión y en el amor.»

JOSÉ ROMEU DE ARMAS

"70 AÑOS DE PERIODISMO".—Tomo II,
por el MARQUES DE VALDEIGLESÍAS.
— Editorial Biblioteca Nueva.
Madrid, 1950.

Después de una espera que ya se nos iba haciendo en extremo larga, llega ahora a las librerías españolas y, por lo tanto, a nuestras manos, el segundo tomo de las Memorias de aquel ilustre periodista, gran enamorado de su profesión, que fué el Marqués de Valdeiglesías. Desde estas mismas columnas acogimos con sin-

cero júbilo la aparición del primer tomo de las Memorias del Marqués. Júbilo por el libro en sí y también por ver acrecentada la bibliografía española de una época tan interesante con un documento visto y descrito por un testigo de primera fila, por un testigo que en más de una ocasión pasó de esta categoría a la más superior de protagonista.

El tomo segundo de las Memorias de Valdeiglesias nos va trayendo épocas, sucesos y anécdotas que si muchos, innumerables, no conocimos, sí están, por razones de carácter de lectura histórica o periodística, muy metidos dentro de nosotros mismos. Los capítulos del libro del Marqués de Valdeiglesias tienen ya todos una calidad de reportaje vivido de singular interés, gracia y picardía. En ellos aparecen muchas cosas que habían quedado oscurecidas u ocultas por razones fácilmente comprensibles de una buena ética, en el momento en que se escribieron. Luego, con la decantación que los años imponen, todas estas cosas, grandes y chicas, pueden ya descubrirse, pueden ya mostrarse con toda luz, y así nos las encontramos en el libro del que fué tantos años uno de los primeros cronistas de sociedad de España.

Es una época fácil y amable, alegre y sin preocupaciones graves, aunque ellos, naturalmente, pensaban que algunas eran gravísimas, esta que Valdeiglesias nos brinda ahora desde los días de la Restauración hasta las horas tristes en que muere en el Pardo S. M. el Rey Alfonso XII.

Si todo el libro guarda notable interés para el historiador presente y futuro, en aquello que se refiere a lo político, el libro, donde gana un carácter más vivo y vivido, es en lo que trata de la sociedad madrileña de aquel tiempo. Es una guía muy cuidada de lo que era la vida social de la época. Las grandes damas y los grandes caballeros, las artistas, los escritores, los pintores, todos están aquí con sus grandezas o sus pequeñas frivolidades. Un Madrid divertido y jovial es el que se nos va presentando como una cinta cinematográfica a través de las páginas del libro de Valdeiglesias, en el que existen innumerables anécdotas y sucesos poquísimos o nada conocidos.

Un cuidado estilo periodístico campea en toda esta obra, de la que es de desear vengan pronto nuevos tomos para fijar así, por un testigo excepcional, una época de singular importancia en nuestra historia.

Como en todas las ocasiones, pero acaso más que en ninguna, Biblioteca Nueva ha cuidado con esmero singular de la edición y presentación de esta obra, avalorada con grabados realmente deliciosos algunos de ellos.

J. S.

"DIEGO DE ORDÁS, COMPAÑERO DE CORTÉS

Y EXPLORADOR DEL ORINOCO", por FLORENTINO PÉREZ EMBID. — Ediciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Sevilla, 1950.

Son muchas, incontables bien puede decirse, las horas gloriosas del pasado español. Unas, están nimbadas de heroísmo; otras, de santidad, y todas, de una grandeza que durante largo tiempo fuera escuela de las gentes del mundo. De ese mundo al que un grupo de españoles de la mejor estirpe iba ensanchando los confines, dándole nuevas tierras y nuevos hombres para nuestros muy Católicos Reyes. Y si muchas son, como ya dijimos, las horas de la gloria y la grandeza, gana las mejores aquel quinientos que guarda en su inmensa lejanía la maravilla de un cuadro en que todos los hombres eran héroes. Héroes de las más arriesgadas empresas españolas en el mundo, de aquellos que la dieron poderío y honor, y también de los que en un segundo plano de subordinación —que no de otra cosa— estuvieron junto a los primeros en su misma calidad de actores excepcionales de unos hechos que aromaban de leyendas a la tierra y que se iban incorporando con urgencia a medida que se producían a la «grande e general historia».

Es uno de los grandes capitanes del pasado, de aquel maravilloso siglo XVI, el que ahora se nos hace hombre cercano a nosotros, casi contemporáneo, en las páginas de Florentino Pérez Embid. Así, surge en el libro Diego de Ordás, hombre de aire humilde que, como tantos otros, nos dió gloria por su heroico valor para luego hallar muerte oscura en la mar. Si el libro de Pérez Embid es una perfecta página histórica sobre el descubrimiento de las Bocas del Orinoco y la costa de Paria, es asimismo un relato fabulosamente bello, con aires novelescos cuando así lo pide la acción. Es lección sobre todo, lección impar, la de Diego de Ordás. Enseñanza como la de todos aquellos hombres que fueron sus

compañeros y en particular del gran Hernán Cortés. Lección que ha expuesto en las cuartillas con sin igual belleza y gran erudición el docto Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, don Florentino Pérez Embid.

Si muchas y muy eficaces son las tareas de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, no es menor esta que Pérez Embid viene realizando de estudios americanistas. Y una muestra más la tenemos en «Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco». Lección magistral de historia con un bello estilo literario y buena erudición que se pone de relieve en sus apéndices. La edición, sencilla y cuidada.

H.

“DIÁLOGO ÍNTIMO CON ESPAÑA”,

por ADRIAN ESCOBAR.—Club de Lectores.—Buenos Aires, 1950.

Con sinceridad y con sencillez, es decir, con intimidad, Adrián Escobar, que fué embajador de la República Argentina en nuestro país, se ha puesto a dialogar con España, sobre España, diremos mejor. Sus diálogos íntimos discurren sobre todo, y han venido a formar este bello volumen, de presentación impecable, que ahora nos llega de Buenos Aires como un adelantado de los que vendrán en su día a ocupar los escaparates de nuestras librerías. Desde una alta y libérrima posición, Adrián Escobar estuvo en España en años que fueron duros y difíciles para todo el mundo —años de la segunda guerra europea—, y así le ha dado con acierto a su obra el subtítulo de «Memorias de un embajador durante la tempestad europea». Memorias, pues, en que se recoge por lo menudo todo lo que fué ese período español, en donde resplandece en un primer lugar, no ya por la pluma de Adrián Escobar —y esto es siempre una constante—, sino por otras muy importantes, la neutralidad española en el curso del conflicto europeo.

Si esto sólo fuera, ya valdría la pena el volumen; pero éste encierra aún muchos más valores. El primero de ellos es el gran amor que Argentina tiene a España, y que se plasma en tantos hechos que vamos viendo a lo largo de las Memorias de Adrián Escobar. Hechos que fueron llevados a la mejor realidad por el talento habilidoso, el entusiasmo y la actividad sin par del ex embajador argentino en España.

Si hay gentes que tienen una idea alegre y divertida del diplomático, como hombre únicamente entregado a la holganza y a la diversión, les convendría la lectura de este libro para variar el rumbo equivocado de sus ideas.

Diálogo íntimo con España es el índice de los trabajos y los afanes que Adrián Escobar realizó en España. Una diplomacia que supo verlo todo, estar en todo, estudiarlo todo. Estudiarlo con fina perspicacia y conocimiento amplio de todos los temas por un estudio constante de ellos.

Es un libro pensado y escrito con amor el de Adrián Escobar; un libro lleno de nobleza y serenidad este de Adrián Escobar, por cuyas venas corre sangre española, a las que él ahora, una vez más, da su cariño y su fidelidad.

Diálogo íntimo con España tiene capítulos de singular emoción y otros de indudable interés técnico; todos, unos y otros, escritos con buen lenguaje, con notable sinceridad.

Una edición primorosa, cuidadísima, realza este libro, que es un alegato más a la neutralidad española en la guerra grande de 1939, un testimonio más del amor de la Argentina a España.

J. S.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 20 de junio de 1950 por la que se aprueba proyecto de obras de consolidación, conservación y reforma en el Ateneo Científico y Literario de esta capital.

Ilmo. Sr.: Visto el proyecto de obras de consolidación, conservación y reforma del edificio que ocupa el Ateneo Científico y Literario de esta capital, redactado por los arquitectos don Luis M. Feduchi y don Eugenio Sánchez Lozano;

Resultando que por Orden ministerial de 4 de diciembre de 1948 se aprueba proyecto de obras en el mismo edificio, por un total importe de 352.215,97 pesetas, con una ejecución material de pesetas 315.404,41. Por Orden de 23 de diciembre de 1948 se aprueba proyecto de obras por un total de 146.979,92 pesetas, con una ejecución material de 131.467,23 pesetas;

Resultando que la cantidad de pesetas 406.690,96 a que se ascienden las obras que ahora se

proyectan se distribuye en la siguiente forma:

Ejecución material, 364.383,14 pesetas; honorarios de arquitecto por formación de proyecto según tarifa 1.^a, grupo 5.º, el 2,50 por 100 coeficiente que resulta de incrementar a la ejecución material este proyecto, la de sus antecedentes por deducción del 12 por 100 que marca el Decreto de 7 de junio de 1933, el 50 por 100 que determina el Decreto de 16 de octubre de 1942, 4.008,21 pesetas; íd., íd., por dirección de obra, 4.008,21; honorarios del aparejador, 60 por 100 sobre los de dirección, 2.404,93 pesetas; premio de pagaduría, 0,25 por 100 sobre la ejecución material, 910,96 pesetas; pluses de carestía de vida y cargas familiares calculados sobre el importe de la mano de obra, 30.975,21 pesetas. Total: 406.690,66 pesetas;

Resultando que la Junta Facultativa de Construcciones Civiles informa favorablemente este proyecto en 30 de junio de 1949, manifestando en su informe que

los honorarios facultativos son de abono para arquitecto y aparejador ;

Resultando que la Sección de Contabilidad «ha tomado razón» del gasto, y que la Intervención General de Administración del Estado ha fiscalizado el mismo con fecha del 10 y 25 de mayo último, respectivamente ;

Considerando que las obras a realizar son necesarias y urgentes y que pueden ejecutarse por el sistema de administración ;

Considerando que para la ejecución de estas obras ha sido preciso redactar el oportuno proyecto de las mismas y teniendo en cuenta que aquéllas afectan a la estructura del edificio, según se deduce del informe de la Junta Facultativa de Construcciones Civiles, procede el abono de los honorarios facultativos a arquitecto y aparejador, si bien para la determinación del coeficiente a aplicar es preciso incrementar

a la ejecución material de este proyecto la de sus dos antecedentes, este Ministerio ha acordado aprobar el referido proyecto de obras de conservación, consolidación y reforma del edificio que ocupa el Ateneo Científico y Literario de esta capital por su total importe de 406.690,66 pesetas, que se librarán en la forma reglamentaria y con cargo al capítulo 3.º, art. 6.º, grupo único y concepto único del vigente Presupuesto de Gastos del Departamento, realizándose l a s obras por el sistema de administración.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 20 de junio de 1950.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de este Ministerio.

